

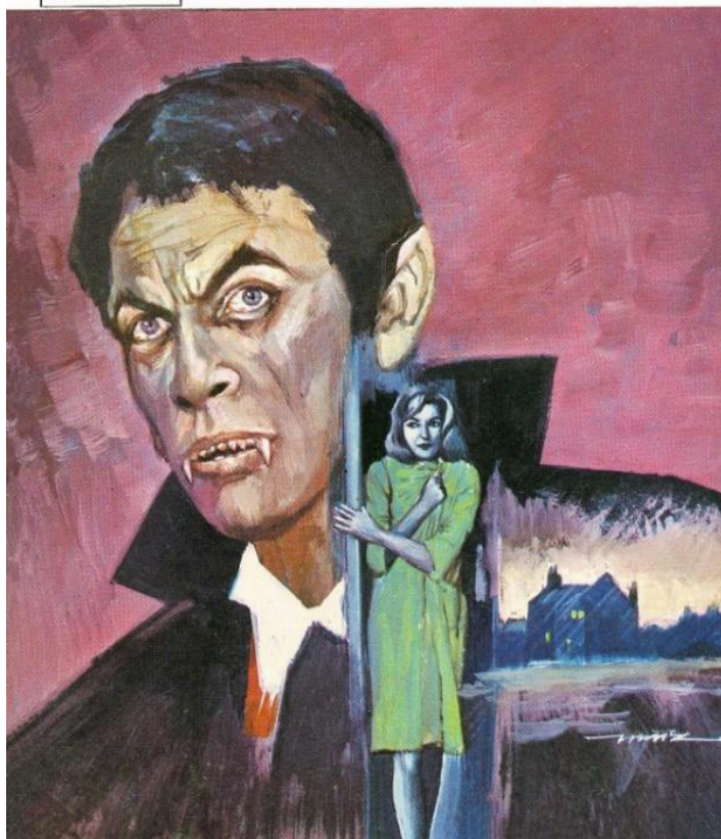
BOLSILIBROS BRUJERA

PUNTO

ROJO

una flor para un vampiro

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



RALPH BARBY

UNA FLOR PARA EL VAMPIRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 550

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 36.611 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición en esta colección: noviembre, 1972

© RALPH BARBY - 1972

texto

© JORGE NUÑEZ - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

769.— El valle de los ambiciosos.

En Colección KANSAS:

744. — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

820. — En el ojo del buitre.

En Colección BRAVO OESTE:

585.— «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.137. — Operación: Águila Viajera.

En Colección SALVAJE TEXAS:

859. — Herraduras para el asno.

En Colección PUNTO ROJO:

544. — El «Boom» del hampa.

En Colección ASES DEL OESTE:

647. — Los torturados de Nogán.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

978. — El tren que llegó tarde.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

91. — Un ranger siempre da la cara.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

25. — El sabor de la traición.

CAPITULO PRIMERO

—¡Vamos, Elly, dale duro, rómpele la nariz, húndele el estómago, machácale el hígado!

A John Patrick, más conocido en los gimnasios, el mundo del hampa, por la policía de San Francisco y la buena sociedad, por J. P., ya le estaba fastidiando aquella espectadora de primera fila de ring que animaba con tanta vehemencia al moreno contra el que estaba midiendo sus puños.

Aquella individua parecía sedienta de sangre y lo que más le molestaba era que la sangre que debía complacer su morbosidad era la suya propia.

J. P. se protegió la mandíbula que semejaba buscar el moreno que no dejaba de sonreír. J. P. no supo si era muy risueño o corto de labios y no podía ocultar sus blancos dientes.

Mas, el negro Elly supo asestarle dos directos en el plexo solar que J. P. acusó.

—¡Más duro, Elly, sigue, aplástalo, hazle besar la lona! —insistía la mujer.

J. P., que tenía la mente lúcida, pensó que besar la lona resultaba nauseabundo. Hacía mucho tiempo que no se limpiaba y en ella había manchas de sangre, sudor, vaselina y, ¿por qué no? hasta babas de miedo de más de uno que había besado el tapiz del cuadrilátero con la cara tumefacta.

Dong...

Aplausos, gritos de júbilo. La pelea resultaba animada para los espectadores que habían acudido a aquella matinal de boxeo en el Cow Palace de la ciudad de San Francisco.

—Mickey, ¿qué hora es?

—¿La hora? Creí que preguntarías qué round es el próximo —le dijo el veterano cuidador, gran amigo de J.P., mientras le hacía unas fricciones para relajar sus músculos.

—Sólo quiero saber la hora. Tengo una cita y no deseo llegar tarde.

El cuidador miró su reloj.

—Las doce y veinte minutos.

—Hum, ya es tarde. Teniendo en cuenta el tráfico, debo de marchar ahora mismo.

—J. P., no irás a abandonar ahora, ¿verdad? —gruñó Mickey, sorprendido.

—Oh, no, claro que no, sólo que tengo que terminar -en este round. No puedo perder más tiempo con el moreno.

Mickey, con su gran experiencia, lanzó una mirada a Elly, el contrincante de su pupilo, y observó:

—Me temo, J. P., que vas a llegar tarde a tu cita. El negro está muy entero y aún faltan cinco rounds.

Dong...

No había tiempo para más palabras.

Centenares de gargantas vibraron de nuevo para empujar a los dos gladiadores modernos.

Les azuzaban con sus gritos y era muy difícil saber a favor de quién estaba el respetable salvo en el caso de aquella mujer de primera fila del ring, con sus cincuenta años encima, una bolsa de maní en la mano y que no cesaba de animar a Elly, el negro cuyos ojos semejabán grandes faros encendidos y sin intermitencias.

En tres saltos, Elly se plantó sonriente ante J. P.

Sus puños, calzados con guaníes rojos, fueron esgrimidos hacia delante, pero una especie de ariete pasó entre ellos y el crochet tuvo que encajarlo en la mandíbula.

Después, la zurda de J. P. se dobló hacia su hígado. Uno, dos, tres punches consecutivos, casi estilo metralleta, le achataron la nariz.

Hubo un gran suspenso en la sala.

El moreno lanzó sus puños automáticamente contra el rostro de J. P., pero éste tenía tan buena cintura para fintar como agilidad de cuello y los puños se perdieron en el aire mientras un demoledor gancho de siniestra por parte de J. P. se hundía en la boca del estómago de Elly.

El negro abrió la boca, se le escapó el protector de caucho y sus ojos se extraviaron un tanto.

Cuando encajó una bolea de derecha que le puso los ojos en blanco, abrió sus brazos y se desplomó de espaldas tendido cuanto largo era.

El árbitro miró a Elly. Con su experiencia, ni se molestó en contarle.

Alzó el brazo de J. P. y gritó:

—¡Por fuera de combate, J. P campeón!

Gritos, silbidos, abucheos para el negro que estaba siendo retirado del cuadrilátero... J.P le lanzó una mirada y dijo en voz baja:

—Lo siento, tenía prisa por acudir a una cita.

—¡Eres fabuloso, J.P.!

Se dejó poner la bata y salió del ring.

Notó en su espalda las palmaditas amigables de costumbre y

Hutton, el voluminoso Hutton, fue a buscarle al vestuario mientras se duchaba quitándose el sudor de encima,

—J. P., en cuanto quieras hago de ti un campeón, un verdadero campeón. Ya sabes, nada de aficionados como ahora. A lo grande, a lo profesional. Te hago campeón de los semipesados. .

—No gaste saliva, Hutton, no me interesa. Yo sólo vengo aquí de vez en cuando a boxear como aficionado.

Es una manera de mantenerme en forma,

—¿No será que te has comprometido con otro manager? Te advierto que mi tanto por ciento de comisión será el más bajo de todos. Sólo me interesas para hacer de ti un gran campeón.

—Ya le he dicho que no gaste saliva, se le va a apagar el cigarro. No quiero terminar sonado.

—¿Sonado tú? Vamos, J. P., tú eres el mejor fintador que he conocido. Además, sobre el ring no hay quien te toque la cara. Mírate al espejo y verás que pareces un bebé.

J. P. se secó, se vistió con la ropa de calle y dejó en el vestuario al empresario Hutton, moviendo la cabeza desesperado por no lograr convencer a J. P. para que se pasase al campo profesional donde un hombre de su agilidad y dureza de puños tenía un gran porvenir.

Mickey le aguardaba ya en la puerta, vestido con su cazadora clara tipo safari.

—Has sido fulminante, J. P., como el mejor de los campeones — le dijo.

—Anda, sube al coche. Sólo tenía prisa, eso es todo.

—No hay quien te entienda, J.P. ¿Es que subes al ring para jugar con tus adversarios como gato con los ratones?

—No tanto, no tanto.

Hizo girar la llave de contacto del «Ford» Granada tres litros y dos puertas, y arrancó a gran velocidad por las calles de San Francisco.

—J.P., debe de ser muy hermosa la chica de la cita para terminar tan rápidamente con el moreno.

—Hermosa según como se mire.

Se apartó del carril central de la calzada... Hizo chirriar las ruedas, dejando las pastillas impresas en el asfalto, y se detuvo junto a un par de coches patrulleros.

—Ya hemos llegado.

—¿Es que la chica trabaja en la estación de policía?

—No, Mickey. La cita era con la policía. Aguarda aquí, salgo en seguida.

—Hum, estos investigadores privados... —gruñó Mickey mirando, receloso a los agentes que charlaban junto a uno de los coches patrulla.

Mickey, como otros muchos del mundo del boxeo, aún sin hacer nada malo, observaba de reojo a los representantes de la ley.

Se había criado en un barrio más que pobre, mugriento, donde era el hampa quien reinaba y había aprendido a temer a la policía desde la infancia, algunas veces a agentes estupendos y, otras, a hombres despóticos que abusaban de su autoridad.

John Patrick se internó en la estación de policía que conocía bien, al igual que otras muchas estaciones de San Francisco.

Llegó hasta la puerta de un despacho cuya puerta franqueó sin llamar.

—Buenos días.

Su saludo fue correspondido con dos agudas, casi acuchillantes miradas. La del teniente Taker, veterano en la policía Metropolitana de San Francisco, y la de una mujer joven y bonita con aspecto inteligente que se hallaba un tanto inclinada sobre la mesa repasando el contenido de un dossier que mostraba al teniente.

—Ah, es usted, J. P. Creí que no iba a venir y yo ya me marchaba,

—Hum, esto sí que es interesante —replicó, fijándose en la muchacha.

La mujer se percató inmediatamente de que se refería a ella y se puso encarnada.

—J. P., le presento a la sargento Bryan.

—Encantado. No tenía el gusto de conocerla.

La sargento le dedicó una gélida mirada y no contestó.

—Sargento Bryan, J. P. es un investigador privado.

—Un intrusista —aclaró ella, punzante.

—Parece que no le caigo bien, sargento Bryan —observó sin ambages el propio J. P.—. Es una lástima, porque es usted bonita de veras.

La sargento Bryan, de cabello rubio recogido en un peinado que endurecía sus facciones agradables, observó interrogante al teniente Taker.

Este resultaba como diez pulgadas más bajo que J. P.

Era de cuello corto y hombros anchos. Estaría a mitad de camino entre los cuarenta y cincuenta años. Poseía medallas de la campaña de Corea y llevaba su cabello grisáceo cortado al cepillo.

Tenía fama de ser excesivamente duro. De no haberse recibido tantas quejas contra él por malos tratos a los delincuentes, habría

ascendido a un puesto más alto en el cuerpo de la policía.

—J. P., no perdamos tiempo, debo marchar en seguida. Usted siempre colabora eficazmente con nosotros y sabe que apreciamos su labor aunque en general no nos caigan bien los investigadores privados.

—Ya le he dicho, teniente, que me intereso por el caso de Doris Langly.

—Sí, por eso le he citado aquí. ¿Quién le ha encargado el caso?

—La verdad, teniente, sabe que no estoy obligado a revelar el nombre de mi cliente, pero tampoco podría decírselo aunque quisiera.

—¿Es un juego de palabras que usan los de su profesión? —preguntó hiriente la sargento Bryan.

J. P. la miró y se dijo que le gustaban sus grandes ojos verdes que le daban un aire felino.

—No, no es ningún truco, es que ignoro el nombre de mi cliente —Sacó una carta de su bolsillo y se la tendió al teniente Taker.

Este la desdobló, leyéndola con avidez.

«Averigüe quién es el asesino de Doris Langly y entréguelo a la justicia. Acepte cinco mil dólares por adelantado. Cuando termine el caso recibirá ciento cincuenta dólares por día que haya empleado, gastos aparte. Ya recibirá noticias mías.»

El teniente Taker alzó su mirada y agregó en voz alta:

—Sin firma y escrita a máquina.

—Sí, con un tipo de máquina de escribir vulgar, de las que se encuentran a millones en Estados Unidos —asintió J. P.—, pero a mí me basta con esos cinco mil de entrada y el resto prometido.

—¿Acaso quien ha escrito esa carta no confía en la labor de la policía? —preguntó la sargento Bryan con sarcasmo.

J. P. se dijo que, enfadada, tenía unos labios más subidos de color.

Su cuello resultaba esbelto y suave de líneas. No llevaba uniforme, vestía un traje de chaqueta elegante con discreta falda «mini» y poseía unos encantos de los que podía sentirse francamente orgullosa.

—Sargento —puntualizó J. P.—, a veces, los investigadores privados realizamos labores ingratas y arriesgadas que la policía no puede llevar adelante porque está sometida a unos reglamentos. El teniente Taker y yo nos entendemos bien. Lo que es de su incumbencia, no lo hago yo y él no trata de recortarme las alas. De este modo, entre ambos combatimos mejor el crimen.

—Es cierto. Por su cuenta y riesgo, J. P. realiza determinadas labores que el fiscal del distrito y yo preferimos ignorar, siempre que no se deje atrapar o le caiga la denuncia de alguien encima; pero J. P. es demasiado astuto para dejarse pillar en traspiés de novato. Es muy profesional, ya lo irá conociendo.

—Gracias por su apología, teniente Taker, pero ¿qué le parece si hablamos de Doris Langly? Mi cliente parece generoso y yo no deseo hacerle un mal trabajo.

—De acuerdo. Sargento Bryan, lea la ficha de Doris Langly.

La atractiva sargento tomó una hoja del dossier que poco antes revisara con mucho interés. En voz alta leyó:

—Doris Langly, blanca caucásica, cabello trigueño, ojos pardos. Metro sesenta y dos de estatura. Peso, cincuenta y un kilos. Edad, veintiún años. Fue hallada flotando sobre las aguas, a unas diez millas al sur de San Francisco y una milla océano adentro por un balandro deportivo. El cuerpo carecía totalmente de ropas, anillos, joyas u objetos identificativos. Presentaba mordeduras de pequeños peces.

J. P. preguntó:

—¿Cuánto tiempo permaneció en el mar?

El propio teniente Taker respondió:

—Se supone que dos días, poco más o menos.

—Pues fue una suerte que la encontraran. Pudo ser pasto de los tiburones.

—Sí, hay muchos tiburones en la zona. Es una suerte y una desgracia para su asesino, que seguramente pensaba hacerla desaparecer dejándola en alta mar,

—¿Cómo la identificaron?

—Huellas necrodactilares. Su cuerpo había comenzado a hincharse, pero no fue lo suficiente —explicó Taker.

La sargento Bryan puntualizó:

—Boris Langly estaba fichada con anterioridad.

—¿Qué clase de delito?

—Drogadicta —concretó la mujer.

—¿Causa de la muerte? —inquirió J. P.

El teniente Taker miró a J. P. algo preocupado y dijo:

—Será mejor que nos vayamos ahora mismo. ¿Ha traído coche?

—Sí, lo tengo afuera.

—Bien, sigamos.

—¿Puede saberse adónde vamos?

—Claro que sí, J. P. —dijo algo burlona la sargento Bryan. Al cementerio. ¿No se ha dado cuenta de que hace un día espléndido?

CAPITULO II

—¿No habías dicho que tenías una cita con la policía? —Antes de obtener respuesta, Mickey añadió—: Pues la chica no está nada mal.

—Ándate con cuidado, Mickey. Si le sueltas algo grueso, piensa que en su bolso lleva un par de esposas, una «Browning» siete balas y un carnet que la identifica como sargento de la policía.

—Caramba, cualquiera lo diría. Cuando la mira uno, en lo que menos piensa es en que pueda ser una policía,

—Sí, a mí también se me ocurren cosas sabrosas al contemplarla, pero la sargento Bryan es algo dura de carácter y no creo que se interesara por nuestros pensamientos.

El «Ford» Granada arrancó veloz siguiendo al coche de la policía en el que además de dos agentes habían subido el teniente Taker y la sargento Bryan.

—Oye, J. P., ¿adonde vamos ahora?

—¿Acaso no te has dado cuenta de que hace un día espléndido? —preguntó irónico recordando las palabras de la mujer policía.

—Sí, hace sol, pero en San Francisco eso no es nada nuevo en verano.

—Vamos al cementerio.

—¿Al cementerio?

—O. K.

—Oye, ¿qué se te ha perdido en el cementerio? No se tratará de una exhumación, ¿verdad? Te advierto que aunque sea cuidador de boxeo no me gusta ver cadáveres corrompidos. Cada cual tiene su sensibilidad.

El coche policía, seguido del investigador privado, atravesó San Francisco dirigiéndose al cementerio.

Al llegar a la necrópolis, el coche policial se detuvo junto a un furgón fúnebre con coronas de flores. Tras él, cuatro furgonetas más también repletas de flores. Tras la cuarta furgoneta, un «Pontiac» negro dentro del cual había un hombre enjuto, bajo y calvo, de ojos aguileños.

—Por todos los demonios, J. P. A este fiambre no le han faltado coronas, esto es una orgía floral.

—Es una y no un fiambre.

—¿Vieja o joven?

—Veintiún años.

—Lástima.

Al ver que los policías se apeaban del auto patrullero, J. P. quitó

la llave del contacto e hizo lo propio acercándose a ellos.

Mickey, con su cazadora veraniega, su gorra cubriéndole la cabeza y las manos en los bolsillos, le siguió hasta ponerse a su altura.

—Muchas coronas, pero no veo dedicatorias.

Un empleado del cementerio se acercó al teniente Taker. Habló con él y luego subió al furgón fúnebre donde ya estaba sentado el chófer.

Se puso en marcha, rodando tan despacio que pudieron seguirles a pie.

El «Pontiac» negro rodó a su vez tras las flores, un verdadero cargamento para el sepelio de una joven asesinada.

J. P. se dijo que aquél no era el momento idóneo para seguir preguntando al teniente Taker los datos sobre Doris Langly, que iba a ser inhumada en aquellos momentos.

El pequeño cortejo fúnebre recorrió algunas calles de la necrópolis californiana cuando hasta los oídos de J. P. llegaron claramente cantos y rasgueos de guitarras.

—¡Fíjate, J. P., es una concentración de hippies —exclamó Mickey señalando a un grupo bastante numeroso de jóvenes vestidos a la anárquica usanza hippy.

Se hallaban cerca de una fosa abierta junto a la cual aguardaban dos servidores del cementerio que les observaban con cierto recelo.

Los agentes de la autoridad se detuvieron a una distancia prudente, alejados como una veintena de pasos de la fosa junto a la cual arribó el furgón fúnebre.

—¿Comprendes ahora el cargamento de flores, Mickey?

—Sí, debí suponerlo antes.

—J. P., ahí tiene a la víctima que hay que investigar. ¿Desea verla antes de que la entierren?

—Prefiero verla en fotografía salvo que tenga algo muy especial que observar.

—Sólo marcas de agujas hipodérmicas —observó la sargento Bryan

—Sí, la chica era drogadicta. Pertenece a esta comunidad de hippies.

J. P. lanzó una ojeada al grupo de jóvenes. Muchos de ellos tenían la mirada extraviada y otros les daban la espalda.

Parecía absurdo, pero nadie dirigía su rostro para ver el féretro que acababa de llegar cuando era obvio que estaban allí para participar en el sepelio con sus cantos.

—Conozco a este grupo, teniente. Es muy especial. La mayoría

de ellos son hijos de los industriales, financieros y políticos más ricos de Estados Unidos e incluso hay varios que son ingleses y alemanes.

—Exactamente, J. P. Son los rebeldes de importantes familias millonarias en dólares que no tienen más contacto con ellos que enviarles un cheque periódicamente para que sigan subsistiendo y no molesten.

El ataúd fue sacado del furgón para depositarlo en la fosa. Mickey se acercó para verlo mejor.

—Si ha de investigar este asunto, es preferible que los conozca. Los padres de estos chicos y chicas, aunque algunos de ellos ya no son tan jóvenes, no desean ser molestados ni que sus nombres aparezcan en los periódicos.

—Muchos de estos muchachos, según consta en sus fichas, han recibido tratamiento médico desintoxicante —puntualizó la sargento Bryan tratando de ser tan fría como eficaz en sus manifestaciones.

—Como en realidad no son traficantes de drogas sino víctimas de la misma, tenemos que soltarlos al poco que quedan arrestados. Cuando uno de ellos entra en la estación de policía ya tenemos a los más caros abogados danzando alrededor nuestro y hay que soltarlos. No son lo que aparentan, aunque en realidad ellos mismos no hacen nada por librarse de la publicidad ni por salir de la celda. Son pasivos hasta la desesperación de sus familiares y de nosotros la policía.

—Es cierto, yo les conozco bien. Alguna vez he tenido contacto con esos jóvenes tras los que hay montones de millones de dólares que posiblemente algún día heredarán, pese a que muchos de ellos ya están desheredados oficialmente por su conducta. Por cierto, todavía no me ha dicho el diagnóstico médico sobre la muerte de Doris Langly. ¿Acaso una sobredosis de estupefacientes?

—No. Tenía restos inequívocos de haber consumido los repugnantes tóxicos y las huellas de las agujas hipodérmicas, aunque es de suponer que no utilizaba tan solo este sistema, pero la chica ha muerto de hemorragia.

—¿Hemorragia? ¿No ha dicho que no tenía heridas?

El teniente Taker explicó preocupado:

—La chica ha fallecido por falta de sangre.

—Sí, una hemorragia intensa causa la muerte y deja las venas sin sangre, pero ¿por qué herida ha perdido la sangre? ¿Acaso alguna perforación de estómago?

—El médico forense supone que ha perdido la sangre por el

agujero minúsculo que ha dejado una aguja hipodérmica en su yugular izquierda.

—Vaya, ésta sí es una muerte extraña. ¿Piensa en un psicópata, acaso en una refinada venganza?

—Me temo que puede ser uno de esos maléficos crímenes rituales —gruñó el teniente Taker— y la chica fue la víctima. Le prometo que daré con los asesinos y que pagarán cara esta salvajada. Francamente, me repugnan estos tipejos que son incapaces de producir,

pero sí son capaces de tomar estupefacientes y matar.

J. P. conocía bien el carácter del teniente Taker. Sabía de su radicalismo en sentimientos y apreciaciones, por ello había sido acusado en varias ocasiones de emplear el tercer grado con sus arrestados. Los hampones preferían evitarle.

—¿Han iniciado los interrogatorios? —preguntó J. P.

—No han servido de nada. Esos malditos hippies son estúpidos. Están embotados. Aunque les aplicara el detector de mentiras nada conseguiría. De tanto narcotizarse se creen lo que ellos mismos inventan y nunca se sabe si están de «viaje» o con el cerebro limpio. Si el comisionado me dejara, escogería a unos cuantos y los encerraría para darles durante un mes trabajo forzado y duchas cada hora. Seguro que al paso de los treinta días estaban más asequibles y soltaban la lengua. Incluso, algunos padres me agradecerían este método. Seguro que algunos preferían volver con sus familias.

En aquellos puntos, J. P. no estaba en absoluto de acuerdo con el teniente Taker, pero prefirió no discutir con él. Los hippies y el teniente Taker eran más antagónicos que perro y gato.

La pasividad de los hippies era lo que más irritaba al teniente, un hombre de acción que ni siquiera podía luchar contra ellos, pues los hippies, en su indiferente ociosidad, ni luchaban ni se defendían.

La mirada de J. P. se posó sobre el hombre enjuto, calvo y de ojos aguileños que continuaba dentro del «Pontiac» negro, observando a través del parabrisas el entierro de la joven desangrada.

—Y aquél, ¿quién es? —preguntó.

El teniente Taker aclaró:

—Foster, el secretario particular de Andrew Langly.

—Entiendo. El papá de la niña no ha querido asistir al entierro de su ovejita negra, pero sí ha enviado a su secretario para que compruebe que todo esté en orden.

Lo que sí deberá aceptar, teniente, es que los amigos de Doris

Langly han demostrado apreciarla acudiendo a su entierro.

—Después de todo, nada tienen que hacer. No les ha costado ningún trabajo venir y a ellos lo mismo les da reunirse en la playa que aquí en el cementerio. —Les lanzó una mirada que casi contenía odio y agregó—: Me gustaría realizar un arresto masivo ahora, seguro que al registrarles hallaría caramelos, cigarrillos, píldoras y ampolletas, todo con narcóticos.

—Si es eso lo que piensa, teniente, haga el arresto.

Quizá ellos hayan previsto una reacción así por su parte y han venido limpios.

—Hum, de ellos se puede esperar todo, absolutamente todo —gruñó el teniente—. Pese a que hablan de sus familiares con los peores insultos, se saben bien arropados por sus papás millonarios y superprotegidos por una plaga de abogados. Tampoco rechazan esos cheques que les envían y que no son ni más ni menos que la comida para los tiburones, esos traficantes de drogas que son

sus proveedores.

—Eso es cierto, pero no todo es tan negro como usted lo pinta, teniente —corrigió J. P.—. Muchos de estos jóvenes sólo pasan por una época de confusión. Luego, maduran, recapacitan y regresan al lugar que les corresponde.

—No tocios regresan, J. P.

—A muchos hogares, tampoco vale la pena regresar y no los defiendo, que quede claro, sólo pretendo ser ecuánime. Ahora, a partir de este punto, iniciaré mis: investigaciones.

—Espero que me tenga al corriente, J. P. Nosotros ya hemos iniciado nuestra investigación y será mejor que no nos estorbemos mutuamente, sino que colaboremos. Si le dan algún «soplo», le agradeceré que nos lo transmita con prontitud. De todos es sabido que J. P. arriesga, excesivamente el pellejo.

—Le mantendré informado, teniente.

—Sí y no avise a los muchachos de la Prensa. Para ellos, éste es simplemente el caso de una chica ahogada a la que no se le ha dado importancia. No presentaba heridas y hay muchos Langly en Estados Unidos como para asociarla con Andrew Langly de Dakota del Norte. Eso de que ha sido desangrada, que quede entre nosotros.

—Gracias por contármelo, teniente.

—Si no se lo digo, lo hubiera averiguado de todas formas. Usted es de los que meten las narices en los archivos y donde se las pueden aplastar.

—Es mi forma de ganarme la vida, teniente, pero he aprendido a proteger mi nariz.

—Pues su amigo no tanto —observó la sargento Bryan señalando a Mickey.

—Ah, sí, es un tipo excelente. Debieron aplastársela de muy niño y ahora él grita para que no me la aplasten a mí.

Los sepultureros cubrieron rápidamente la fosa y las coronas fueron amontonadas sobre la misma en gran cantidad, formando una pequeña montaña.

Los hippies se levantaron sin dejar de cantar y en fila india pasaron junto a la tumba.

Cada uno de ellos fue arrancando una flor de las coronas más a su alcance, y con ella en la mano salieron del cementerio. La ceremonia había finalizado.

—¿Le gustan a usted las flores, sargento Bryan? — preguntó J. P.

—Sí me gustan, pero prefiero que no las pongan sobre mi tumba.

CAPITULO III

J. P. no perdió el tiempo en acometer el caso de Doris Langly, la hippy asesinada.

Aquella misma tarde inició las investigaciones de rutina antes de sentarse sobre el erizo o meterse en la boca del lobo, que era lo mismo.

Sabía que el teniente Taker tampoco iba a perder el tiempo y su investigación estaría adelantada pese a la no colaboración de la comuna hippy a la que perteneciera Doris Langly en vida.

No se había querido pasar de listo contándole al teniente Taker que la batuta del grupo hippy la llevaba una mujer hermosa, algo madura, llamada Sandra Rose.

Aquella extraña y enigmática mujer había participado en misas negras y se había presentado a más de un concurso de elección de brujas en Los Angeles.

También había viajado a Sao Paulo, participando en muchas sesiones de espiritismo y había conseguido cierto prestigio como médium. Hasta el momento, nadie había logrado descubrirle ningún truco.

J.P. la consideraba una bella y atractiva embaucadora de incautos que sabía muy bien lo que hacía, cuáles eran sus posibilidades y medía sus pasos cada vez que se decidía a dar uno, lo mismo hacia adelante que hacia atrás.

Enfiló el morro de su coche hacia el interior del parking del building de apartamentos donde habitaba, al norte de San Francisco y cerca de unos agradables bosques que las autoridades habían decidido respetar.

Las ruedas del «Ford» Granada giraron rápidas por la rampa descendente, chirriando en forma impresionante.

J. P. conocía muy bien el parking subterráneo, y hubiera podido entrar a ciegas en él y a más de noventa millas por hora.

El edificio, una verdadera obra de arquitectura e ingeniería, tendría una treintena de plantas de altura sin contar las cinco subterráneas para servicios.

En cada piso se ubicaban diez lujosos apartamentos, por ello el parking solía estar siempre medianamente lleno de automóviles.

A cada apartamento le correspondían una o dos plazas fijas y el reservado 181 era el asignado a J. P., que frenó su auto a escasas pulgadas de la pared.

Quitó el contacto, abrió la portezuela y salió del coche.

Se encontró con la desagradable presencia de cuatro sujetos que

semejaban guardarlo.

Vestían camisas veraniegas o mugrientos jerseys pese a ser verano.

Se diferenciaban por sus distintas estaturas, ya que tenían el mismo rostro. J. P. se percató de inmediato de que los cuatro llevaban idéntica máscara de látex sintético cuya misión era ocultar sus caras.

Su aspecto no era en absoluto tranquilizador. Uno de ellos, al extremo de su mano balanceaba una cadena de bicicleta.

El más bajo portaba una barra de plomo a modo de porra de veinte pulgadas de larga.

El tercero, delgado como un alambre y al que se le formaban más arrugas en la careta de látex, le amenazaba con una punzante y larga navaja que, ya desnuda, apuntaba hacia J. P.

El cuarto era negro. Pese a la careta, sus manos le delataban. En una de ellas, J. P. advirtió una pequeña bolsa de lona posiblemente cargada con perdigones de plomo que, encerrada dentro del puño, lo liada demoledor al pegarle a alguien.

—Si esto es un atraco, os advierto que no habéis pescado un salmón, ni siquiera una trucha. Sólo soy un gato de agua dulce con apenas carne para saciar vuestros apetitos —advirtió J. P. metafóricamente.

—Nosotros te enseñaremos lo que les pasa a los que meten las narices donde no les importa —advirtió el tipo de la cadena.

Ante aquellos cuatro rufianes, J. P. hubiera deseado tener una pistola a mano para mantenerlos a raya, mas no era usual en él llevar armas.

—¿Quién os envía?

—Nos envía Satanás, J. P. —repuso el tipo de la navaja cuyo rostro aparecía de la misma forma que el de sus compañeros.

El negro, con los perdigones de plomo en su mano para dar más poder y contundencia a sus puñetazos, dijo:

—Te vamos a dar la mayor paliza de tu vida, J. P. ¡Luego te olvidarás de que eres un sabueso privado y mejor te dedicas a cultivar tomates es más saludable!

El primer ataque, casi inmediato, partió del individuo que portaba la barra de plomo.

J.P, apartó su cabeza y escuchó el sonoro golpe del plomo sobre el techo del «Ford». Pensó que, afortunadamente, la póliza de seguros estaba al corriente de pago.

J. P. replicó con un planchazo de su pie derecho que lo envió contra el indeseable que portaba la maligna cadena de bicicleta,

tumbándolos a ambos.

—Quieto o te coso —atajó amenazador el sujeto de la navaja apoyándola sobre su costado.

Mas, se llevó un codazo que le obligó a apartar la navaja. Luego, un crochet de derecha fue suficiente.

El látex de la careta no logró amortiguar aquel demoledor golpe de un hombre que, como J. P., era aficionado al boxeo.

El tipejo, con la espalda pegada a un Sedan «Mercury» aparcado junto al coche de J. P., se escurrió hasta quedar sentado sobre el suelo de cemento.

J. P. no pudo evitar que el negro de los perdigones hundiera el puño reforzado en la boca de su estómago dejándolo sin respiración por brevísimos instantes. Pero supo encajar y replicar a un tiempo antes de recibir el segundo puñetazo.

El negro encajó sobre la careta que protegía su rostro dos directos de izquierda que le hicieron tambalear. Ante la proximidad del tipo de la barra de plomo que ya se había incorporado, J. P. lanzó un puntapié al bajo vientre del negro que lo hizo rodar profiriendo aullido de dolor sobre el pavimento del parking subterráneo.

La cadena le peinó ligeramente el cabello, estando a punto de acertarle de lleno en el rostro mientras J. P. trataba de ocuparse del tipo de la barra de plomo, con la que consiguió golpearle sobre la clavícula.

Sus piernas flaquearon ante el intensísimo dolor y por un instante temió que le hubiera roto ün hueso.

Cuando las cosas comenzaban a ponerse feas para J. P. puesto que el alfeñique de la navaja también se había recuperado, penetró un vecino del inmueble que al ver la desigual pelea comenzó a tocar el claxon dando la alarma.

Los cuatro indeseables, percatándose de que habían sido descubiertos, corrieron por el parking sorteando al otro automóvil que se les echaba encima.

J.P., con el hombro dolorido por la barra de plomo, no quiso correr tras aquellos tipos que tenían un coche preparado junto a la salida, ocupando una plaza que no les pertenecía.

Salieron a toda velocidad del subterráneo cuando ya uno de los cuidadores del mismo corría hacia el lugar del suceso atraído por los bocinazos del vecino que había dado la alarma.

—Eh, amigo, ¿se encuentra bien? —preguntó sacando la cabeza por la ventanilla.

—O. K. y gracias por llegar a tiempo.

—¿Era un atraco?

J. P., no queriendo dar explicaciones de lo que por otra parte ignoraba, respondió:

—Sí, y poco dinero hubieran podido sacarme, apenas llevo unos dólares sueltos.

—Aunque sólo sea por dignidad, hay que hacer frente a esos tipos.

—Yo no he visto cómo entraban, señor Patrick —se excusó el guardián del parking.

—Olvídelo. Esos indeseables no son fáciles de manejar. Ah, haga que limpien mi auto y que le cambien el aceite.

Le lanzó las llaves que el vigilante recogió en el aire.

—Sí, señor Patrick. Descuide, lo tendré listo para cuando lo pida.

J. P. subió en el ascensor hasta la planta veintiséis.

Pasó a su apartamento que estaba compuesto por un gran y confortable living-room, una espaciosa alcoba y un cuarto de baño lujoso.

En el living-room poseía una pequeña barra de bar y tras ella, una cocina diminuta pero suficiente para prepararse unos huevos con jamón o un sopicado en caso de necesidad y un frigorífico para tener alimentos congelados.

El Yellow Building nombre con el que era conocido el edificio de apartamentos que subía hacia el cielo como un moderno y confortable paralelepípedo regular, tenía dos restaurantes que servían en los mismos apartamentos cuando se les requería. Sólo era preciso llamarles por teléfono y hacer el pedido. La cuenta era cargada en el recibo mensual que a su vez se pagaba a través del Banco.

Se dio unos masajes en el hombro con un preparado de la farmacia vietnamita que le había proporcionado un amigo suyo del Chinatown de San Francisco.

Toda la parte masajeadá semejó arderle. Aguantó durante cinco minutos y luego se hundió en el baño caliente con sales para relajarse los músculos.

El timbre del teléfono sonó estridente. J. P. sólo tuvo que alargar su mano para hacerse con el auricular; en el baño había un supletorio para casos de emergencia.

—¿Diga?

—¿J. P.? —preguntó una voz extraña al otro lado del hilo, una voz difícil de identificar.

Parecía de mujer, pero también podía pertenecer a un hombre.

—¿Quién llama?

—Doris Langly ha sido asesinada por un vampiro que le ha succionado hasta la última gota de sangre. Ella no ha sido la primera víctima ni será la última. La policía va a ciegas, no cree en vampiros. Búsquelo, J. P.

—Le advierto que yo tampoco creo en esas leyendas de vampiros y lo que sí me interesa es saber quién es usted —inquirió J. P. escuchando la fuerte respiración al otro lado de la línea telefónica, una respiración que producía angustia a quien la oía.

—Le he pagado ya cinco mil dólares y le daré mucho más cuando lo destruya. Suerte, J. P. y proteja su cuello, no vaya a ser la próxima víctima del vampiro.

J. P. no supo si echarse a reír o meter el teléfono dentro del baño.

Al otro lado colgaron y él quedó pensativo.

—¿Vampiros en San Francisco y cuando el hombre ya ha llegado a la Luna? Vaya bobada. Lo malo es que quien acaba de llamarme se lo cree, de lo contrario no me hubiera pagado cinco mil dólares en efectivo.

CAPITULO IV

J. P. dejó atrás la ciudad de San Francisco, rodando por Los Angeles Road.

Se salió de la carretera principal por la derecha para dirigirse a las playas, caletas y acantilados que desde San Francisco a Los Angeles se sucedían sin interrupción, salpicadas de trecho en trecho por pequeñas poblaciones que vivían más de los week-end de los ciudadanos de San Francisco y Los Angeles que de su propia autonomía.

En aquel lugar, en una playa de fina arena salpicada por grupos rocosos, entre un muelle deportivo para balandros y el inicio de abruptos y peligrosos acantilados que se prolongaban varias millas hacia el Sur con pequeñas e inaccesibles ensenadas que en pleamar podían ser trampas mortales, se hallaba el grupo hippy de Sandra Rose.

Cualquiera hubiera pensado que aquélla no era la mejor hora para acercarse al campamento en el que había algunas tiendas de lona, dos roulottes, varias fogatas y muchos chicos y chicas mugrientos que parecían tener más edad de la real, pues la mayoría de ellos aún no habían despegado de la adolescencia hacia la madurez.

Frenó el «Ford» Granada para no hacerlo rodar sobre la arena y llenar los engranajes con los finísimos granos de aquella arena que habrían de convertirse en potentes abrasivos.

Algo lejos de donde estaba y apartado de lo que podía constituir el núcleo hippy, vio una roulotte de modelo casi gigante enganchada a un «Mercedes-Benz» de importación europea.

J. P. tuvo la impresión de que desde aquel remolque alguien le observaba atentamente.

Se adentró por el campamento y tuvo que soportar algunas miradas de hostilidad, mas no se formó ningún grupo de recepción. Resultaban altamente pasivos, pese a que J. P., con sus ropas, era evidentemente un intruso.

Encontró a Sandra Rose en una roulotte frente a una fogata que chisporroteaba lanzando sus chispas hacia el cielo.

—Bienvenido al campamento, J. P.

Sandra Rose vestía una túnica blanca ceñida a la cintura por una brillante cadenita dorada con un gran medallón que pendía delante, centrándose en el nacimiento de las piernas.

Su cabello era abundante, largo y lacio color azabache y toda ella tenía un aire de sacerdotisa. Si todos allí parecían más viejos

debido al vello y a la suciedad, en Sandra Rose ocurría el mismo fenómeno pero a la inversa. Era muy difícil calcularle una edad exacta.

Cuatro jóvenes a cuál más mugriento y desaliñado, aunque todos ellos portaban abalorios que no podrían comprarse en una tienda de baratijas sino en joyerías lujosas, rodeaban a la reina del campamento.

—He venido porque sé que tenéis problemas.

—¿Problemas? Ah, sí, la policía ya ha estado molestándonos. Los hippies no caemos bien a la policía. Ellos son represivos y nosotros pasivos. No hacemos mal a nadie, sólo queremos vivir en paz.

—Sí, eso lo sabe todo el mundo.

J. P. sacó su paquete de cigarrillos abierto y lo tendió a Sandra Rose. Esta tomó una unidad y luego fue pasando el paquete a los demás del grupo.

En silencio, todos tomaron cigarrillos y a nadie se le ocurrió que debía agradecer el gesto.

Cuando el paquete retornó a las manos del investigador privado, sólo quedaba un pitillo. Arrugó la cajetilla y sin hacer comentarios la arrojó a la fogata donde se retorció en medio de las llamas.

—Es que la policía no se preocupa en serio de vuestro movimiento ni de los nuevos grupos que van formándose.

—Sí, es una pena. Tan bien que viviría el mundo si tomase nuestro ejemplo de amar la paz. —Alzó la voz para ser oída en todo el campamento y gritó—: ¡Hermanos, flores para el cielo, flores para la tierra, flores también para Satanás!

El campamento inició un cántico en el que se pedía paz y flores para todos, amor para los amigos y para los enemigos.

J.P., fumando en silencio, aguardó a que la canción concluyera.

Sabía que no ya para ganarse su amistad sino por lo menos evitar su hostilidad, debía respetar sus formas de pensar y vivir. El no era un sociólogo que pretendiera cambiarlos, sólo un investigador privado que iba tras el rastro de un asesino que alguien había tildado de vampiro.

—Sandra, te seré sincero. Estoy buscando al asesino de Doris Langly.

—Tú nos caes bien, J. P., y te diré que la policía también busca al asesino de Doris Langly, aunque muchos de nosotros no creemos que haya sido asesinada.

—¿Ah, no? ¿Qué creéis, entonces?

—Pues que debió de beber demasiado cuanto había tomado. Tú ya sabes.

—Sí, la bomba. La deplorable bomba.

—Ya sé que a ti no te gustan las drogas.

—Son nocivas para todos. Creo que el día que las dejéis a un lado, el mundo terminará por respetaros.

—¿Qué nos importa el mundo a nosotros? —inquirió uno de aquellos tipos con barba y legañas en los ojos. Su sarcasmo era obvio.

—¡Guerras, guerras, guerras! —gritó otro poniéndose en pie y danzando como un indio en tomo a la fogata.

Un acompañamiento de palmas le apoyó musicalmente.

—Doris Langly fue asesinada. No te quepa la menor duda, Sandra.

—¿Quieres decir que alguien la ahogó, asfixió y arrojó al mar después? No tenía señales de violencia.

—Se puede matar de muchas formas y tú lo sabes. También se puede matar con una barra de plomo, un veneno o una sobredosis de narcóticos.

—¿Y tú crees que alguien de aquí ha matado a Doris? —preguntó entre burlona e incrédula.

El sujeto del baile en contra de la guerra se dejó caer al suelo jadeante. Era un ectomorfo y tenía poco fuelle.

—¿Había alguien que quisiera molestarla? En la comuna, me refiero.

—No. Doris era una buena chica a la que todos queríamos. Era complaciente con los muchachos, amaba la paz, las flores.

—Si era tan feliz, ¿por qué se narcotizaba tanto? Según el forense, tenía muchas señales de hipodérmicas.

—Quería olvidarse del execrable mundo en que nos ha tocado vivir, del abuso, despótico del fuerte sobre el débil, del hambre en el mundo.

—Bien, mi opinión es que pasivamente no se arregla el mundo, pero ése es otro problema. Lo que a mí me gustaría es hablar con alguna chica que fuera íntima amiga de Doris Langly, supongo que la tendría.

—Sí, Alice y Sharon lo eran, aunque aquí todos somos hermanos. ¿Qué les quieres preguntar?

—Algunas cosas acerca de Doris. Ya sabes, con qué muchachos solía ir, cuándo se la vio por última vez. Si notaron su ausencia hasta que fue descubierta flotando en el océano.

Se fueron acercando los demás miembros de la comuna, jóvenes de ambos sexos.

—Yo misma puedo responderte a esas preguntas.

—De acuerdo —aceptó J. P. pero grabando en su mente los nombres de Alice y Sharon, las amigas de la chica asesinada.

—Ante todo aclarará que Doris Langly no tenía enemigos porque aquí, entre nosotros, no existe la palabra enemistad. Somos hermanos y jamás se ha producido una pelea en nuestro grupo, todos amamos la paz.

J. P pensó en los cuatro tipos que le habían atacado en el parking y que no eran pacifistas precisamente, aunque tampoco podía asegurar que aquellos cuatro indeseables pertenecieran a la comuna hippy. Había allí algunos negros, tres contó J. P., pero no podía señalar a nadie, puesto que en el ataque no había logrado ver ningún rostro. Las máscaras habían permanecido bien pegadas a sus caras.

—¿Cuándo la visteis por última vez?

—Preguntas igual que un policía, J. P.

—Tú has dicho que me responderías y para mí es importante saber cuándo se la vio por última vez.

—Aquí no se pasa lista como en la milicia. Nos reunimos por la noche, tampoco es obligatorio hacerlo y durante el día se puede estar aquí bañándose, tomando el sol o paseando por San Francisco o por el bosque de secuoias.

—Eso es evitar una respuesta directa —objetó J. P. mirando a Sandra Rose a través del humo de su cigarrillo.

—¿Quién vio a Doris Langly por última vez? —preguntó la mujer en voz alta.

—El domingo por la noche la vi aquí —dijo un joven alto y muy delgado, con barba y melena larga.

—¿Parecía preocupada?

El joven se encogió de hombros.

—¿Alguien vio que se alejara hacia la playa? —inquirió Sandra Rose.

—Y sin ropa —puntualizó J. P.

—Aquí, por la noche, si alguna chica se baña lo hace sin ropa —concretó Sandra Rose.

—Ya.

Nadie respondió, nadie parecía saber nada.

J.P, pensó en la desesperación del teniente Taker tratando de buscar datos entre aquellos jóvenes que se limitaban a encogerse de hombros y no tenían interés por responder a nada.

—Bien, si alguien sabe algo, vivo en el Yellow Building y mi nombre es John Patrick. Sólo quiero descubrir al asesino de vuestra hermana Doris Langly.

—No nos gusta la represión para nadie, ni para nuestros enemigos —advirtió Sandra Rose con claridad.

—No es sencillo comprender que no deseéis la captura del asesino de Doris. Después de todo, en California ya está abolida la pena de muerte.

—Busca en nuestro campamento y no hallarás una sola jaula con un pájaro dentro. Amamos a los pájaros que vuelan en libertad a su impulso, sin trabas, y nosotros somos algo más que pájaros. ¿No te parece, J. P.?

—Por supuesto, pero tratad de arrebatárle cualquier polluelo a uno de esos pájaros y os daréis cuenta de que ellos sí saben luchar por los suyos. Además, tengo el funesto presentimiento de que Doris Langly no va a ser la única asesinada. Sí descubrimos al criminal no habrá más víctimas entre vosotros y esta comunidad no se ensuciará con más sangre. La policía no se dará por vencida. El crimen siempre es repugnante y creo que el teniente Taker, después de otros precedentes como los del matrimonio Labianca y Sharon Tate y sus amigos, teme que la muerte de Doris Langly se trate de un asesinato ritual.

—J. P., tú nos conoces bien y sabes que Manson y su «familia» no pensaban como nosotros. Ellos no eran auténticos hippies amantes de la paz y de la Naturaleza. Manson es un demente que ha hecho daño a todos los hijos de las flores ante la opinión pública mundial, aunque eso no nos importa demasiado.

—Es cierto, pero a veces, cuando se está bajo la influencia de los narcóticos se pueden cometer horrendas barbaries que nadie sería capaz de realizar en estado lúcido.

—¿Estás decididamente en contra de las drogas?

—Sí. Repruebo los estupefacientes desde el hachís a la heroína y me satisfará si el teniente Taker hace un registro y se lleva todo lo que tengáis escondido por aquí. La verdad, los toxicómanos me inspiran lástima y considero que lo que debe hacer es pasar a manos de un médico. El que toma drogas se autodestruye y le hace el juego a unos granujas. Además, el autodestruirse es una vertiente de la cobardía; lamento que no penséis como yo. Ahora, debo irme, pero quien se acuerde de algo hará bien en contármelo. Soy un oyente paciente, no importa la hora. Sería una pena que el teniente Taker tuviera que visitaros de nuevo por haber encontrado a otro asesinado como Doris Langly.

J. P. arrojó su cigarrillo a la fogata y abandonó la comuna hippy envuelta en un denso silencio. Se podía escuchar el chisporrotear de las ramas dentro de la hoguera y como fondo, el rumor de las olas

batiendo en la playa.

CAPITULO V

El despertador le dio la impresión de una alarma dentro de un buque de guerra.

En pijama, J. P. pasó al cuarto de baño donde se aseó y rasuró su rostro.

Estaba haciendo esto último cuando tocaron el timbre del apartamento.

Se puso una bata color escarlata por encima y salió a abrir, todavía con el cabello revuelto.

—Espero que no sean los cuatro tipos de las caretas —gruñó para sí—. No tengo deseos de comenzar el día con gimnasia violenta.

Al franquear la puerta descubrió a una mujer. Vestía shorts café, botas por encima de la rodilla y blusa negra. Sobre el pecho, dos grandes collares que debían pesar lo suyo. Gafas oscuras y sombrero tejano que algún día debió ser blanco, pero aquello ya era historia.

La chica llevaba el cabello, abundante y suelto, muy grasiento. No se podía decir que fuera la modelo de un fabricante de jabones.

—¿Alice o Sharon? —preguntó a boca de jarro, antes de dar ni recibir los buenos días.

La joven se lo quedó mirando sorprendida a través de sus gafas oscuras.

—Soy Sharon, pero ¿cómo lo sabes?

—Intuición. Adelante, Sharon. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

La joven de cabello castaño miró a un lado y a otro del living-room y aprobó:

—Vives con mucho lujo.

—Lujo, no, solo confortablemente y no me tomes por un burgués. Sólo soy un investigador privado con más o menos suerte a la hora de cobrar mis honorarios.

—¿Te han encargado buscar al asesino de Doris?

J. P. tomó una caja de cigarrillos y la ofreció abierta a la muchacha.

—Sí, no voy a engañarte. Quiero descubrir al asesino. Tengo motivos para pensar que Doris no va a ser la última víctima.

—¿Por qué lo sabes?

—Sólo lo intuyo, pero tú sí sabes algo, ¿no es cierto?

—Sí. —Se echó hacia atrás con el cigarrillo encendido amablemente por el encendedor de J. P.—. Estoy harta de todo. Quiero marcharme, pero...

—¿Temes regresar como una hija pródiga?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que tú estás a tiempo de regresar todavía.

Esta vez, Sharon movió la cabeza en forma negativa.

—Mi padre detesta a los drogadictos.

—¿Y tú eres una viciosa?

—Lo suficiente para que mi padre me escupa a la cara.

—Un poco fuerte es eso, Sharon. Opino que si hay deseo de regeneración, son más los padres ansiosos de perdonar que de rechazar.

—¿Sacado de alguna estadística? —inquirió con un sarcasmo que no armonizaba con su edad física.

—Si deseas una reconciliación con los tuyos, yo podría intervenir.

—¿Te encargas también de esos asuntos? —preguntó con cierta indiferencia.

—No. Eso lo hago gratis y por amistad.

—Es de agradecer. Si algún día deseo la reconciliación familiar te llamaré, J. P.

—Estaré esperando. Para mí es un placer sacar a alguien del estercolero.

—¿Odias a los hippies?

—No, sólo a algunas de sus cosas. Te habrán dicho que soy amigo de Sandra Rose.

—¿Sandra Rose? Hum. —Aspiró el humo hasta lo más íntimo de sus pulmones. Luego, inclinó la cabeza hacia atrás y lo expulsó hacia el techo antes de proseguir—. Sandra es la reina de la comuna. Si algún muchacho está triste, nadie como ella sabe consolarlo. Ella lo organiza todo. Es una mente privilegiada, porque aunque parezca haber desorden en una de nuestras comunas, hay organización.

—Sí, ya lo sé, orden y jerarquías. Por más que trate de abolirse el orden y la jerarquía siempre aparece. Hace falta comida, bebida y hasta drogas. Es ella quien os la proporciona, ¿verdad?

—No voy a contarte nada de este asunto, J. P., no voy a denunciarla porque nadie me obligó a entrar en el grupo. Me metí yo sola en este estercolero como tú lo llamas. Acepté las reglas y eso es todo.

—Y las reglas, ¿cuántas son?

—Sólo dos,

—¿A saber?

—Hacer lo mismo que los demás y entregar el dinero que se

reciba a Sandra. Ella se encarga del resto. No hay que hacer nada, ningún esfuerzo,

—La molicie completa hasta que estáis convertidos en ruinas.

—Sí, el principio es divertido no hacer nada. Saborear el sol, el agua del mar. Luego se comienza a aburrir una después de haber dado y recibido amor de compañeros que nos importan un comino, Más tarde vienen los euforizantes.

—Ya, como estáis tan aburridos hay que tomar euforizantes y después sigue la toxicomanía. Sharon, tú estás a tiempo.

—Déjame pensarlo.

—¿Acaso temes que te suceda algo si intentas abandonar la comuna de Sandra Rose?

—No sé, quizá Doris tenía deseos de regresar con los suyos o simplemente cambiar de vida. Doris era inteligente y tenía estudios suficientes como para valerse por sí misma en un empleo que podía haber sido bueno sin ayuda de sus padres, pero fue asesinada.

—¿Dónde murió?

—La encontraron flotando en el agua, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que sabemos todos, pero creo que tú sabes algo más.

—Debió de ser el domingo por la noche.

—¿Por qué?

—Fuimos al caserón.

—¿Cuál caserón? —preguntó J. P. interesado, al tiempo que observaba a Sharon, sentada con mucha indolencia en el sofá. La chica olía a sudor descompuesto de muchos días, quizá meses.

—Un caserón que está en el acantilado. Caminando desde nuestro campamento se tarda como media hora por la carretera.

—Háblame más de ese caserón.

—Está en lo alto de las rocas, como suspendido sobre una pequeña e inaccesible caleta. Es abrupto, bravo y hermoso aquel lugar, pero en noche de luna llena inspira cierto temor.

—¿Habéis ido muchas veces a ese caserón?

—Sí, es un lugar para viajar.

—Entiendo, Allí os escondéis para tomar drogas algo fuertes.

—Sandra Rose indica la noche que se puede ir al caserón y señala a los elegidos. Los demás se quedan en el campamento. Nadie protesta y de este modo la policía no se percató de que faltamos algunos. Es la forma de burlar la vigilancia de hombres como el teniente Taker, que siempre andan buscando drogas en nuestro campamento.

—¿La noche del domingo, Doris Langly fue al caserón?

—Sí.

—¿Y tú?

—También. Allí empezó la fiesta. La verdad es que debería avergonzarme, pero ya no soy capaz ni de eso.

Sólo, siento náuseas de mí misma.

—Sharon, siempre hay una oportunidad para quien quiera comenzar de nuevo. Sólo hay una cosa irremediable y es la muerte.

—Pues lo irremediable le tocó aquella noche a Doris Langly y temo que en la próxima ocasión me corresponda a mí.

J. P. preparó sendos whiskys y pasó uno de los vasos a la mano de Sharon.

—¿Cuándo salisteis de la fiesta?

—Me desperté en una terraza del caserón. Yacía en el suelo y un sol fuerte me daba en la espalda. Creo que un zapato de hombre me sacudió sin amabilidad y me dijo: «Largo, los demás ya se han marchado». No pude verle la cara, pero creo que era Vasky.

—¿Vasky es el propietario del caserón?

—Sí, un tipo horrible. Extranjero, no habla bien nuestro idioma.

—Continúa.

—Al llegar al campamento, busqué a Doris, pero ya no la vi, ni al atardecer ni por la noche. Allí nadie se preocupa de nadie, pero a mí me inquietó su ausencia. Luego, al día siguiente, me enteré de su muerte. Después asistí a su entierro y te vi allí, J. P.

—Sí, fui al sepelio de esa pobre chica. ¿Tú crees que pudo ser asesinada en el caserón?

—Es una casa extraña, impresionante. Puede suceder todo; lo más horrible, lo más pavoroso.

—¿Por eso se celebran en ella las reuniones con narcóticos?

—Tiene algo de fascinante y espeluznante. La verdad es que allí se consiguen sensaciones nuevas, claro que al día siguiente, entre fuertes jaquecas, náuseas y repugnancia de uno mismo, no se sabe lo que en la noche anterior ha sido real o irreal.

—¿Recuerdas algo que pueda ser significativo aunque te parezca falso?

—Bueno, sé que pensarás que estoy loca, que he perdido la capacidad de raciocinio y que debería estar encerrada en un centro para rehabilitación de toxicómanos, pero yo vi un vampiro.

—¿Un vampiro? ¿Te refieres a un murciélago grande?

—No, me refiero a un hombre-vampiro. Alto, delgado, guapo en cierto modo, vestido de oscuro y muy elegante con una capa. Su mirada era fascinante, irresistible. Si era real o no, no puedo jurarlo, pero yo le veía como un sátiro desbordado. La imagen de

ese ser real o imaginario, es lo más repugnante que he visto en mi vida, sólo por eso me gustaría escapar, escapar, escapar. —De repente, estalló en lágrimas y ocultó su cabeza entre las manos. Sollozando, agregó—: Pero el maldito caserón tiene tanto poder que su atracción es irresistible.

—Vamos, vamos, Sharon, yo te ayudaré a que te olvides del caserón. Ahora, creo que lo mejor sería que tomaras un baño de agua caliente.

J. P, la tomó por el brazo conduciéndola al aseo. Colocó el tapón a la bañera y abrió el grifo del agua caliente. Señaló una pequeña lavadora automática con ojo de buey frontal y dijo:

—Mientras te bañas, la lavadora dejará tu ropa limpia y seca. Es un sistema práctico para un soltero como yo.

Sharon cogió el rostro de J. P. entre ambas manos y lo besó en los labios cuando de nuevo sonó el timbre

CAPITULO VI

Al abrir la puerta descubrió a tres personas frente a él. Reconoció de inmediato a la joven y bella sargento Bryan, también a Foster, el sujeto que había seguido al entierro de Doris Langly en un «Pontiac» oscuro.

No conocía al tipo del centro, un sujeto alto, grueso, fornido, de carácter dominante y algo agresivo.

—Buenos días, J. P. —saludó con premeditada frialdad la mujer policía—. Estos caballeros son...

—Sí, Foster, el secretario, y el industrial Langly, Andrew Langly.

Todos le observaron perplejos. El propio Langly preguntó:

—¿Me conoce de algo?

—No, pero hoy tengo un buen día para las intuiciones. Pasen, pasen adentro, hablaremos con más tranquilidad.

Los visitantes penetraron en el apartamento. J. P. cerró la puerta y luego se reunió con ellos. Sólo Andrew Langly no se había sentado.

—La chica policía... —comenzó a decir Langly.

J. P. le corrigió con marcada ironía.

—La sargento Bryan, querrá decir.

—Sí, eso es, la sargento Bryan me ha informado de que usted está investigando el asesinato de mi hija privadamente.

—La sargento Bryan le ha informado bien, pero creí que usted ya lo sabía.

—¿Yo, por qué había de saberlo?

—No, por nada —respondió J. P. dándose cuenta de que no había sido Langly quien le contratara, enviándole los cinco mil dólares por correo.

—J. P., ¿cuánto quiere?

—¿Cuánto quiero? No entiendo —objetó el investigador hundiendo las manos en los bolsillos de su bata.

—Me gusta ir al grano y no suelo perder el tiempo,

J. P. ¿Cuánto quiere por abandonar el caso?

—Nada —repuso J. P. lacónico.

—¿Acaso piensa chantajearme? —inquirió Andrew Langly agresivo.

—Si le aceptara algo sí sería chantaje. No aceptándole nada, no tiene usted de qué acusarme. Además, lo único que deseo es averiguar quién ha asesinado a su hija Doris.

—Pues yo le exijo que abandone la investigación.

—Lo siento. Un cliente me ha encargado que busque al asesino y

estoy en mi derecho de continuar adelante.

—¿Quién es ese cliente?

—Secreto profesional, señor Langly. Ahora, es preferible que regrese a Dakota del Norte, a su factoría, y nos deje tranquilos.

—Le advierto, J. P., que le enviaré a mis abogados y le demandaré.

—¿Demandarme, por qué? Está usted muy agresivo esta mañana, señor Langly. .

—Estoy en mi derecho al pedirle que deje tranquila a mi hija muerta.

—Es un derecho humano —terció la sargento Bryan—. Después de todo, la policía ya se encarga de este asunto.

J. P. miró al industrial. Entre irónico y sarcástico, preguntó:

—¿Qué es lo que teme, que se descubra al asesino, se haga un juicio oral y salga a relucir la clase de vida que llevaba la hija del importante Andrew Langly?

—Si pone las cosas en ese plano le diré que Doris no era la única Langly de la familia. Hay más personas y no tienen por qué quedar salpicadas públicamente por la vida corrupta que ella eligió. Dejémosla descansar en paz, eso es lo que pido. Hallar al culpable no devolverá la vida a mi hija.

J. P. observó cómo la sargento Bryan se ponía en pie y miraba sorprendida y reprobadora al hombre, como si con anterioridad no hubiera adivinado sus intenciones.

—Señor Langly, usted llama vida corrupta al tiempo que su hija ha vivido en una comuna hippy y tiene razón, nadie se la niega, pero usted es el verdadero corruptor.

—¿Qué está diciendo?

—Que usted empujó a su hija a la vida que llevó antes de morir.

El secretario Foster intervino:

—Yo mismo, por orden del señor Langly, pasaba mil dólares en cheque de viaje, cada diez días a la señorita Doris.

—¿Le parece que la trataba mal? —inquirió Langly altivo.

—Si yo pensara como usted, que el dinero lo arregla todo, le diría que no, pero da la casualidad de que diferimos de opinión. He averiguado con facilidad lo que produce su factoría, señor Langly.

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Mucho. Usted produce en su factoría pequeñas bolas de acero, pedazos metálicos en forma de cuchillas y bolitas de plástico. Todo ello constituye metralla para cargar en las miles de toneladas de bombas que los Phantom arrojan en la guerra de Vietnam. Millares de bolas que, al explotar cerca del suelo, desgarran órganos y

tejidos de seres humanos. Cuchillas que cortan por múltiples lugares a los que caen víctimas de la metralla que usted produce. Miríadas de bolitas de plástico que se incrustan en los tejidos humanos y que luego no se pueden descubrir mediante los rayos X. De esta forma, los heridos quedan incapacitados permanentemente, convertidos en piltrafas humanas. Metralla para las bombas «Guayaba» y «Srapnell», todo eso es lo que usted fabrica, señor Langly. Lo peor es que parece sentirse orgulloso de crear en su industria muerte para otros países que a usted maldito el comino que le importan, muerte para seres que no conoce, muerte para llenar sus bolsillos de dólares. Creo que su hija llevó la vida que llevó porque ella sí le creía un corrupto y se avergonzó de tenerle por padre.

Andrew Langly parecía ir a explotar. Su rostro enrojeció como el de un camaleón entre flores rojas.

—Usted se lo ha buscado, J. P., tendrá noticias más. Investigadores privados, maldita basura...

Langly y Foster se marcharon dando un fortísimo portazo. La sargento Bryan se quedó, no deseaba permanecer más en compañía del industrial.

—Ha sido muy duro con él —observó la mujer.

—Me ha fastidiado lo que ha dicho de su hija, especialmente él que por temor a las salpicaduras de un juicio pretenda dejar impune este crimen.

—Eso es una tontería. La policía también encontrará al culpable.

—No es peyorativismo para la policía, pero el tipo ése sabe que muchos casos quedan impunes. En cambio, cuando interviene un investigador privada, los sucesos se desencadenan más rápidamente. Incluso, puede llegar a sobornar a algún miembro del departamento policial.

—Eso no lo creo.

—Pues créalo, no sería el primer caso de soborno que yo viviera. No es que la policía se deje sobornar totalmente, pero siempre hay un Judas dispuesto a recibir los treinta denarios de plata. Tenga en cuenta que Langly es un sujeto importante. Millonario gracias a la muerte de otros seres humanos, pero millonario al fin y al cabo, y tiene contactos con altos ejecutivos del Pentágono.

—Si tan importante es, ¿por qué lo ha tratado de esa forma? —inquirió la mujer algo irónica.

J. P. se encogió de hombros.

—Después de todo, a mí sólo puede enviarme a un sicario para que me mate y no sería el primero que va tras de mí, claro que hasta ahora los anteriores no han tenido suerte.

Súbitamente se abrió la puerta de la habitación que a su vez conducía al cuarto de baño. Apareció Sharon cubriendo su desnudez con una toalla de baño que se veía obligada a sostener con las manos.

—Oye, J. P., la lavadora...

Quedó vivamente sorprendida ante la presencia de otra mujer.

—Oh, lo siento. He oído la puerta y creí que ya se habían marchado tus visitas.

La bella sargento Bryan observó a la chica que estaba dejando las huellas húmedas de sus pies sobre el, enmoquetado. Luego, miró a J. P., que se hallaba en pijama y bata.

Tratando de ser fría, silabeó:

—Ya me marchó. No deseo molestarles.

—Aguarde, sargento Bryan, no es lo que usted piensa.

—¿Y qué es lo que yo debo pensar? —preguntó irónica pero evidentemente molesta por la situación.

—Lo que imaginaría cualquiera al ver a una chica saliendo de la alcoba de un hombre soltero en las condiciones que está Sharon, pero...

—J. P. tiene razón; Entre él y yo no ha habido nada, ¿Acaso es usted su novia? —preguntó Sharon con cierta ingenuidad.

—No, no tengo esa desgracia. En cuanto a usted, J. P., cuando hable de corrupción...

—Vamos, sargento, ya no es usted uña niña. Sharon era la mejor amiga de Doris Langly y ha venido a charlar conmigo, eso es todo,

—Pues además de hablar ha sabido aprovechar el tiempo. Ahora, le ruego que me deje salir.

Con las manos en los bolsillos, J. P. se encogió de hombros al tiempo que decía:

—Ante la suspicacia de la policía nada puede hacerse.

La bella sargento, con el mentón altivo, abandonó el apartamento mientras la lavadora superautomática, modelo especial para solteros, concluía su ciclo de lavado.

CAPITULO VII

Para llegar al caserón del acantilado, J. P. hubo de rodar con su «Ford» Granada por un camino de tierra polvoriento, pero lo suficientemente ancho como para permitir el paso de un camión de suministros, aunque el problema sería si venía otro camión en dirección contraria.

Pisó el freno al quedar frente a una gran verja que parecía recién pintada. El oligisto brillaba al fuerte sol de la tarde.

La cancela cerraba un largo muro, alto y grueso, que J. P. supuso nacía en los mismos bordes del acantilado, encerrando el caserón quizá edificado en los albores del mil ochocientos.

Tras las rejas de la puerta aparecieron dos daneses de gran tamaño que ladraron roncamente.

Tocó el claxon con insistencia. Al fin, apareció un hombre vestido con uniforme. Llevaba una porra de madera en la mano, quizá para controlar a los dos enormes perros que correteaban sueltos por el gran espacio no ajardinado que había delante de la casa.

—¿Qué desea? —preguntó con cara de pocos amigos el vigilante o portero de aquella mansión ochocentista que, aún a la luz del día, inspiraba cierto respeto,

—He venido a hablar con Vasky.

—¿Le han citado?

—Vamos, dígle a Vasky que J. P. está aquí. Me irrita que me hagan esperar.

El vigilante quedó dominado por la firmeza de las palabras de J. P. En principio dubitativo, se alejó dejando a los dos grandes mastines ladrando en la puerta y se internó en la casa que distaba un centenar de pasos.

J. P. vio cómo de pronto los dos grandes perros, con unas mandíbulas capaces de triturar las patas de un caballo o agujerear la plancha de su automóvil, enmudecían y se alejaban corriendo hacia un lugar que no pudo determinar por ocultárselo el muro. Supuso que les habían dado la orden de regresar a su caseta mediante un silbato de ultrasonido.

Al poco, volvió el vigilante y le franqueó la entrada al tiempo que decía:

—El señor Vasky le aguarda.

Pisó el acelerador dejando atrás al guardián del caserón y no frenó el «Ford» hasta detenerse frente al gran zaguán sostenido por dos columnas de piedra negra.

El caserón imponía. Su aspecto era tétrico y en su interior no había profusión de luz. Muchas de las ventanas estaban cerradas con grandes postigos de madera que impedían el paso de la luz y de miradas indiscretas.

El gran salón era amplio, pero resultaba fúnebre. Había cortinajes polvorientos, sucios de muchos años. Incluso, algunos de ellos estaban rasgados y los flecos colgaban deshilachados en muchos puntos.

Los muebles eran antiguos, pero de ningún o escaso valor artístico y económico. Por otra parte, no se veía interés por parte del propietario de la casa por restaurar aquellos viejos muebles, sucios y rayados. En las paredes abundaban los desconchados.

Sobre una gran chimenea-hogar, pendía un enorme óleo que representaba a un militar europeo del mil ochocientos.

A J. P. le sorprendió que le hubieran pintado los dientes rojizos, pues aquel sujeto sonreía, y de una forma maligna. Aquel cuadro semejaba tener vida.

Había también grandes candelabros en hierro forjado, sosteniendo gruesos cirios apagados. J. P. pensó que aquel marco era muy adecuado para celebrar una de las repugnantes misas negras.

—Bienvenido a la mansión Vasky. ¿Desea usted algo de mí, señor...-? Creo que me han dicho J. P.

Por una amplía escalinata que descendía en medio arco desde el piso superior con baranda de madera negra, bajó un hombre alto, de cabello fino, abundante y canoso, cara larga y angulosa y mirada muy especial.

J. P. tuvo la impresión de haberle visto antes, pero luego miró el cuadro y se dijo que el individuo del retrato se parecía extraordinariamente al propietario del caserón.

—¿Antepasado suyo?

—Sí, el mariscal Vasky, un militar muy importante en su tiempo, temerario y temido. Libró múltiples batallas y siempre con gran honor para los Vasky.

—¿Y de qué país era mariscal?

—Creo, señor J. P., que no ha venido usted a mi casa para interesarse por los ancestros de los Vasky. ¿Me equivoco?

El vigilante había retornado a la mansión y cerró la puerta quedando de espaldas a ella, con sus atentas pupilas clavadas en J. P. El investigador privado pensó que aquel guardián podía estar armado.

—He venido a buscar la boya.

Vasky quedó tan sorprendido como si acabara de ver a un búfalo fumando en pipa.

—¿Qué boya?

—La que habíamos instalado para la regata de balandros. El cordón de anclaje debe haberse roto y la boya ha sido manejada por las corrientes. Debe estar en su caleta particular.

—Eso es fácil de averiguar. Acompáñeme.

J. P. no estaba muy seguro de si aquel tipo llamado Vasky, con acento extranjero y aspecto tan extraño que parecía sacado de un cuadro del siglo pasado sabía quién era él realmente o no, pero debía exponerse con el truco de la boya para internarse en el caserón. No esperaba que aquel tipo le confesara abiertamente que, allí se celebraban las repugnantes reuniones para drogadictos.

J. P. siguió a Vasky atravesando la casa y saliendo a una soleada terraza que había al otro lado de la misma. El vigilante fue tras ellos a cierta distancia.

La terraza, de unas sesenta o setenta yardas de larga por treinta de ancha, era magnífica. Estaba embaldosada en rojo y al final tenía una baranda de hierro al que se acercaron Vasky y J. P.

La vista desde allí, impresionaba. El acantilado tenía una altura más que considerable y era abrupto, rocoso, prácticamente inaccesible.

Bajo la baranda, a más de ciento cincuenta pies de profundidad, se abría la pequeña caleta que mostraba su arena dorada.

A ambos lados de la ensenada se levantaban los acantilados que casi la estrangulaban, dos altas crestas que se adentraban en el océano y contra las cuales batían las olas del Pacífico.

—Mire, allí está su boya. Es aquella pintada de amarillo, ¿no?

—Sí, la misma —admitió J. P. recordando que la noche anterior había pagado cincuenta dólares a un viejo pescador para que empujara la boya hacia el interior de la caleta y de este modo tener un motivo para visitar el caserón.

—Está pegada a las rocas y sobre la arena. Cuando suba la marea quedará flotando y al amanecer las corrientes la arrastrarán hacia el interior del océano. —¿Ocurre aquí siempre ese fenómeno?

Vasky asintió.

—Sí, cuando la marea sube, esta caleta que es como una perla en forma de lágrima en medio de los acantilados, queda cubierta por las aguas y es peligrosa.

—¿Acaso cubre?

—Sí. Además, coincide con una fuerte corriente y cuando la marea está alta, las rocas quedan muy batidas por el oleaje.

Cualquier barquichuela que quedara en esta caleta, pensando que podía constituir un refugio, se estrellaría contra las rocas sin posibilidad de salvación. Es como una trampa mortal. Además, en muchas ocasiones, pese a la estrechez de su entrada, apenas tres

yardas como usted mismo puede ver desde aquí, pasan los tiburones. Las aletas de esas fieras del océano se ven cortando el agua.

—Pues es todo un peligro esta caleta. Una caída desde aquí arriba significaría también una muerte segura, la altura es más que respetable y la arena que hay no sería suficiente para amortiguar el golpe.

—Es cierto, pero hasta hoy, que yo sepa, nadie se ha caído por esta baranda, aunque sí se han tirado de cabeza, en dos ocasiones.

-¿Suicidios?

—Sí. Es una lástima que haya gente tan cobarde como para temer enfrentarse a la vida.

—Sí, eso opino yo también, pero hablando de mi boya, ¿cuándo podré recuperarla?

—Si esa boya tuviera un gran interés podría intentarse su rescate entrando por la garganta de la caleta con una chalupa en momento de marea baja, pero es preferible que la dé por perdida. Su rescate ofrece más dificultades que el valor de la misma.

—¿Acaso no existe una escalera o algún medio para descender a la caleta?

—No, no lo hay, ya le he dicho que no se puede utilizar como muelle para ninguna clase de embarcación. Cuando la marea sube, por esa extraña corriente del océano, la caleta se convierte en una ratonera mortal.

—No obstante, creo que entraré en la caleta con una lancha pequeña y motor fuera borda. Rescataré la boya y me la llevaré cuando la marea esté baja.

—Se me olvidaba decirle que hay una gruesa viga de acero cruzando la entrada de parte a parte con un letrero que indica: «Peligro».

—¿Una viga de acero? No la veo.

—Es lógico. La marea ha comenzado a subir, estamos en período de luna llena y es en este momento cuando se produce la más elevada pleamar. Por ello, ahora la viga de acero queda sumergida unas pulgadas bajo el agua y al paso de las horas estará varios pies. En realidad, esa viga de acero está especialmente para cortar el paso a las embarcaciones que pretenden introducirse en la caleta cuando la marea está baja y les ofrece traidoramente unas

atrayentes pero malignas arenas.

—Pero esa traviesa puede hacer zozobrar una embarcación al golpear su quilla.

—El letrero de «peligro» está en el acantilado. Quien lo ignore ya sabe a qué se expone, señor J. P. Tiene usted una forma un poco rara de llamarse, ¿no cree?

—Son las siglas de mi nombre. —Suspiró—. Bien, en vista de las circunstancias tendré que dar por perdida la boya. Por cierto-, su caserón, bien remozado-, podría servir para, lugar de reuniones.

—En esta casa sólo vivo yo, J, P., y no tengo deseos de que nadie venga a turbar mi paz.

—Pero, ¿cómo vive? ¿Tiene rentas, algún negocio?

—Creo que está usted haciendo demasiadas preguntas y yo tengo muy pocos deseos de responderle. Haga el favor de acompañarme.

J. P. podía haberle hecho algunas preguntas directas, pero no las hizo porque no deseaba levantar la caza y aún no estaba seguro de que si la policía efectuaba un registro, en el caserón pudiera hallar algo comprometedor para Vasky.

Deseaba investigar más profundamente. Las palabras de Sharon volvieron a su mente al mirar de nuevo el retrato de aquel militar.

—¿Sigue impresionándole mi antepasado? —preguntó Vasky.

J. P. pasó su mirada del óleo a Vasky. Se percató de que éste tenía los dientes extrañamente blancos, un blanco que no era natural. Le produjo una sensación de desagrado.

—No le molesto más, Vasky.

—No es molestia y olvídense de la boya. Mañana, con la nueva marea, será arrastrada al océano.

—¿Siempre sucede igual con todo lo que cae en esa caleta?

—Si se refiere a que el agua, al retirarse, lo arrastra hacia el océano, sí. En otros lugares, cuando la marea, baja, no sucede así, pero aquí las corrientes son muy peligrosas, casi malignas.

—Sí, todo este lugar tiene algo de maligno. Los agrestes y peligrosos acantilados, la caleta convertida en una trampa marina, el aspecto de este caserón que usted parece no desear remozar e incluso el óleo.

—Yo no le veo nada de maligno a mi antepasado —replicó Vasky entré irónico y sarcástico.

—Pues a mí no me parecen naturales sus dientes rojizos. En fin, quizá fuera un capricho del pintor.

—Lástima que no podamos preguntárselo. Hará ya un siglo que murió.

En su coche, J. P. abandonó el recinto protegido por el muro, dejando atrás el tétrico caserón y a sus fúnebres habitantes.

Entrar en aquella mansión era como dar un salto en el tiempo y el lugar, como trasladarse a Centroeuropa a finales del siglo XVIII o albores del XIX. Quizá a Serbia... ¿Tendría razón Sharon, la amiga de la chica asesinada, al referirse a un vampiro?

—Qué estupidez creer en vampiros a estas alturas. Esa chica debe tener deliriums toxicopatológicos.

De súbito, hundió su pie en el freno hasta el fondo.

Por aquel angosto camino, otro automóvil se le echaba encima.

CAPITULO VIII

El automóvil policial frenó en medio de una gran polvareda, estando a punto de chocar contra el «Ford» granada de J. P.

Este salió de su coche entre molesto e inquisitivo. —¿Querían pasar por encima de mi cadáver?

Las cuatro portezuelas se abrieron y aparecieron dos agentes de uniforme, el teniente Taker y la sargento Bryan, muy correcta en su vestido y peinado.

Aquella chica podía llevar un volcán dentro, pero aparecía gélida y demoledora como un geiser, capaz de enfriar al más ebullitivo de los varones con una de sus cortantes miradas.

—Por poco nos encontramos en el infierno, J. P. —dijo el teniente Taker caminando a su encuentro.

La sargento Bryan le siguió.

—Sí, además, me parece demasiada casualidad que pos tropecemos aquí. ¿No le parece, teniente Taker? —Bueno, usted viene ahora del caserón de los Vasky.

—De modo que me están siguiendo.

La sargento Bryan observó preocupada al teniente Taker. Este explicó sin ambages:

—Ha comenzado usted a investigar fuerte, J. P., y he pensado que en algún momento podía necesitar ayuda.

—Muchas gracias, teniente, pero sé cuidarme solo.

Es usted práctico, muy práctico. Investiga por su lado y al mismo tiempo pone a uno o dos de sus hombres tras de mí, de este modo sabe por dónde me muevo y lo que averiguo.

—Es una forma de ganar tiempo, J. P., espero que no le moleste. Los investigadores privados suelen conseguir cosas que a nosotros los policías nos están vedadas por limitarnos muy estrictamente a la vía legal.

—Entiendo. Nosotros nos introducimos en una casa por una ventana y la policía nos vigila a distancia. Si todo sale bien, ustedes hacen caza mayor.

—Y si sale, mal, les acusamos de allanamiento de morada —completó cínico—. Vamos, J. P., he venido a buscarle porque está en problemas.

—¿Yo? Vaya, ¿debo de callarme y buscar a un abogado?

—Por ahora no es necesario, —Sacó un retrato de su bolsillo. Era una fotografía poco perfecta, de las que se obtienen con cámaras instantáneas en las cuales se hace innecesario el revelado en laboratorio, ya que en un par de minutos lo efectuaba la propia

máquina.

—¿Recuerda a la chica?

—Sí, es Sharon, la hippy.

—Ha muerto.

—¿Muerto? —la sorpresa apareció en el rostro de ordinario impenetrable de J. P.—, Si hace unas horas...

—Ya le he contado al teniente Taker que esa chica estaba en su apartamento muy ligera de ropa —dijo la sargento mordaz.

—Y tan ligera, como que se estaba bañando y lavando su ropa.

—¿Siempre es usted tan generoso con los hippies? —preguntó intencionadamente el teniente Taker.

—Vamos, teniente, no añada carburante a su imaginación. La chica sólo charló conmigo y yo le aconsejé que se bañara y lavara su ropa.

—Es muy oportuno sugerir eso de bañarse y lavar la ropa cuando se está en el propio apartamento de soltero y la visitante, es una chica.

—Sargento Bryan, si usted viniera a mi apartamento, no le sugeriría tal cosa.

La mujer policía enrojeció de golpe. Hubiera querido replicar con algo grueso, pero no estaba acostumbrada a soltar tacos y optó por morderse los labios de la forma más disimulada posible.

—Vayamos al grano, J. P. Sharon ha sido asesinada.

—¿Asesinada, dónde?

—En la estación central de ferrocarriles. Al parecer se disponía a penetrar en el gran hall de la estación cuando un automóvil, según los testigos, conducido por un hombre de color, se ha salido de la calzada. Ha subido a la acera con la inequívoca intención de arrollarla, lo cual ha conseguido no sin antes dejar a tres personas heridas, una de ellas con fractura de piernas y

dos costillas, pero la qué parecía la víctima era Sharon.

—¿Han capturado al negro?

—No, se dio a la fuga pese a que un par de automovilistas han tratado de cerrarle el paso. Lo malo es que ya se ha comprobado que el coche ha sido robado.

—Lástima de chica, ahora que había tomado la gran decisión.

—¿Cuál, decisión? —preguntó la sargento Bryan.

—Abandonar la comuna hippy, esa vida de molicie y vicio. Había sopesado lo positivo y negativo de la vida hippy, decidiendo regresar con los suyos, mas por lo visto no la han dejado desertar.

—¿Usted le aconsejó que tomara el tren? —preguntó el teniente Taker.

—Sí, la hice reflexionar, pero por lo visto no estuve acertado.

La sargento Bryan, algo menos dura, observó:

—Por lo menos ha muerto limpia de cuerpo y de alma por su deseo de enmendarse.

—Sí. Espero, teniente Taker, que cacen pronta a su asesino, aunque me temo que ese negro no es más que uno de los varios sicarios que tiene el verdadero asesino de Sharon.

—¿Sabe algo más de este asunto que nos pueda, ayudar a capturar al asesino?

—Teniente, yo mismo fui atacado por cuatro individuos que usaban idéntica careta de látex y uno de ellos era negro.

—Si usaban la misma máscara, ¿cómo, sabe que uno era negro? —preguntó la mujer policía.

—Fácil, no llevaba guantes. Teniente, no puedo darle más datos.

—Yo creo que sí puede, Precisamente viene de la mansión Vasky. ¿Qué ha ido a hacer?

—Lamento que hayan perdido su tiempo vigilándome hasta aquí, sólo he ido a buscar una boya —dijo sin desear dar demasiadas explicaciones.

Hasta aquellos instantes, sus pesquisas sólo podían basarse en deducciones, ninguna de ellas comprobada.

—¿Una boya? —repitió el teniente Taker, tan sorprendido como el propio Vasky cuando escuchara lo mismo.

—Sí, poseo un pequeño balandro y utilizamos las boyas para marcar puntos en el agua y hacer regatas. La boya se había perdido y ha ido a parar a la caleta que pertenece a la mansión Vasky.

—¿Y la ha recuperado?

—No, está en un lugar inaccesible. Creo que tendré que darla por perdida.

—Bien, J. P., si tiene algo que contarme acerca de Sharon, se lo agradeceré. Este caso se está complicando, ya hay dos chicas asesinadas.

—Cuando sepa algo seguro, no dude que se lo contaré.

El teniente Taker comprendió que si J. P. había averiguado algo, no iba a decírselo hasta que tuviera datos concretos.

J. P. tenía gran prestigio como investigador privado y no le gustaba dar el patinazo, quedando luego en una posición ridícula.

—De acuerdo, todos seguiremos investigando. Espero no tenerle que incluir en la lista necrológica de este dossier.

—Con su atenta vigilancia, creo que eso no sucederá, teniente. Por cierto, si tiene a un hombre vigilando para saber lo que yo averiguo por mi cuenta y riesgo, ¿por qué no me lo pone de

acompañante?

El teniente Taker esbozó una sonrisa entre cínica e irónica.

—¿Por qué no? Es una buena idea.

—En ese caso, puede acompañarme la sargento Bryan.

Yo le contaré muchas cosas a ella y usted quedará satisfecho.

—Teniente, no va a tomar en serio lo que este hombre...

—Cállese, sargento Bryan, Acompañe a J. P., y estírele de la lengua cuanto pueda. Estoy seguro de que sabe mucho más de lo que nos ha dicho. Además, a su lado aprenderá mucho sobre la investigación. J. P. es un investigador reconocidamente listo y astuto. Siempre es conveniente tomar ejemplo en nuestra profesión, aunque su forma de investigar no sea demasiado ortodoxa.

—Pero, teniente, es que J. P... —trató de protestar.

—Es una orden —puntualizó el teniente Taker—. Respecto a lo que teme, si se pone pesado échele un jarrón de agua fría encima y se calmara.

Clavando las uñas en las palmas de sus manos, la sargento Bryan vio subir a los dos agentes y al teniente Taker en el automóvil policial.

Este efectuó tura rápida y vibrante maniobra, saliéndose de la carretera. Dio la vuelta y se alejó en busca de Los Angeles Road, dejando una gran polvareda tras de sí.

—Ahora, sargento Bryan, si me dice su nombre de pila será más cómodo para ambos. Creo, que el tuteo también nos irá mejor, ya que habremos de permanecer unos días juntos hasta que se solucione este caso.

La mujer policía giró sobre sus altos tacones y se encaró desafiante con J. P. al que, sin confesárselo, temía. Temía su atractivo, pues muy a pesar suyo, había comenzado a admirarle.

—Abigail.

—Bien, Abigail, sube al coche y mientras conduzco hálame de lo que opinas sobre los vampiros.

—¿Estás bromeando?

—Eso mismo pensé yo cuando me los mencionaron, pero recuerdo a Doris Langly sin sangre en sus venas y comienzo a dudar de todo.

—No trates de reírte de mí. Soy una mujer razonable y segura de mí misma, no vas a tomarme el pelo.

—Ya veremos si me dices todo eso a medianoche, con luna llena y en el caserón de los Vasky.

J. P. pisó fuerte el acelerador en busca de Los Angeles Road, de regreso a San Francisco.

CAPITULO IX

Sandra Rose empujó de forma casi violenta a uno de los jóvenes varones de su grupo que dormitaba en la litera de su roulotte.

—¡Vamos, fuera, fuera!

El muchacho dio un respingo. La miró sin comprender, se encogió de hombros y abandonó el remolque.

Para asegurarse de que nadie iba a molestarla, Sandra pasó el cerrojo de la puerta y de debajo del pequeño lavamanos sacó un paquete. Era una pistola «Browning» y un silenciador que acopló a la automática con precisión.

Tras comprobar que el arma estuviera convenientemente cargada, le quitó el seguro y la guardó dentro de un bolso modelo indio con flecos de piel.

De un cajón extrajo varios talones, billetes y cheques de viaje pagaderos al portador, que guardó también en su bolso.

Se quitó la túnica que solía usar en el campamento y se vistió con unos mini-shorts negros y una camisa del mismo color con adornos plateados y que le caía suelta sobre el pequeño pantalón, que no ocultaba una pulgada de sus bien torneadas piernas.

Se colgó un medallón, cuya cadena se centró entre sus abultados senos y abandonó la roulotte.

El sol había perdido fuerza. La tarde moría lentamente.

Salió del campamento, dio un rodeo y cuando estuvo segura de no ser vista, se aproximó a la gran roulotte enganchada a un coche «Mercedes-Benz» de importación.. Aquella roulotte podía verse desde el campamento, pero quedaba lo suficientemente distante como para dar a entender que no pertenecía a la comuna hippy.

Dentro del remolque había cuatro hombres, Todos ellos expresaban mal humor, pero uno de ellos sudaba y su piel era negra.

—¿Cómo estás, Peter?

Quien respondió no fue Peter, el negro, sino McSholk, el tipo más delgado y alto del cuarteto.

—Está nervioso porque se ha dado cuenta de que un tipo de la estación, un viajero o un turista, tenía su cámara en la mano y le ha hecho una foto.

—Maldita sea. Si en aquellos momentos hubiera tenido una mano libre, lo habría enviado al infierno a él y a su maldita máquina de fotografiar.

—La chica ha muerto, en eso no ha habido problemas. La policía ya ha estado preguntando en el campamento sin resultados, como

siempre, pero este lugar se hace peligroso.

—Yo he liquidado a la chica tal como has ordenado, Sandra y, francamente, no me gusta matar a mujeres.

—¿Te vuelves blando, Peter?

—No, sé hacer mi trabajo, los jefes de la organización lo saben.

—Sí, los jefes de la organización saben muchas cosas, pero no saben hasta qué punto uno es imbécil.

—¡Tú me has pedido que la arrollara con el coche! —se exaltó poniéndose en pie.

—Es cierto, pero no te he pedido que subieras a la acera. Sólo pretendía que pareciera un accidente de tráfico, Ahora te buscan, Peter. El tipo ése que te ha hecho la foto se la entregará a la policía y no tardarán en identificarte. Tú, lo mismo que vosotros tres, tienes antecedentes y comenzará la caza y captura de Peter el negro. No será muy divertido.

—¡Yo sólo he obedecido órdenes!

—Sí, yo soy quien las da en este negocio. La organización se fía de mí y yo no deseo crearle problemas.

—No me atraparán, sabré esconderme. Sólo tienes que darme unos miles y me iré a otro estado. Allí, la organización ya me proporcionará un nuevo trabajo.

—¿De sicario? —se burló Sandra Rose—. Eres demasiado conocido. Te buscarán por todas partes, Peter. Sin embargo, voy a hacerte un favor. Te daré lo suficiente para que puedas desaparecer y nadie te encuentre.

Entre sudores, Peter sonrió vislumbrando una salida para su difícil situación.

—Ya verás como no me encuentran. Tú llama a los jefes de la organización y ellos sabrán darme trabajo en otra parte, aunque sea en las minas de Alaska.

—Naturalmente que llamaré a los jefes, Peter. Aquí tienes lo que necesitas.

De su bolso de corte indio, Sandra Rose no sacó dinero sino la pistola «Browning» con silenciador incorporado y el seguro quitado.

Apuntó directamente al cuerpo del negro.

Peter miró asustado a sus tres compañeros. Estos permanecieron inmóviles; no había piedad, hermandad ni siquiera amigabilidad en sus ojos.

No estaban dispuestos a ayudarle en la apurada situación cuando los tres, de habérselo propuesto y es la angostura de la roulotte donde cinco personas era multitud, habrían desarmado a Sandra Rose con facilidad. Mas ninguno se atrevió ni se interesó por

ella, Sandra Rose era su jefe.

—¡Espera, Sandra, espera! Ya te he dicho que desapareceré, si no quieres darme unos miles yo...

Peter se abalanzó sobre la mujer, pero cuatro manos lo retuvieron por los brazos. Eran las de sus propios compañeros, con los cuales había jugado al póquer en las horas de aburrimiento, había bebido whisky o arriesgado su vida en los crímenes que habían cometido juntos.

Sin pestañear, Sandra Rose jaló el gatillo de su pistola por tres veces consecutivas. Ejecutó a Peter con pavorosa frialdad. Sus labios formaban una mueca dura, despiadada.

Las detonaciones apenas fueron unos taponazos.

Peter encajó los tres plomos sufriendo sendas sacudidas. Sus ojos se vidriaron en seguida, ya que la muerte resultó instantánea. A aquella distancia tan corta, apenas media yarda, era imposible fallar. Incluso, la camisa del negro se chamuscó ligeramente.

Las manos de McSholk y de Larry soltaron a Peter, que se dobló sobre sí mismo para besar el piso de la roulotte, justo a los pies de su asesina.

Desde una litera, Morris, el más bajo del grupo, había contemplado la escena sin intervenir.

—Este es el premio para los torpes —sentenció Sandra Rose.

—¿Qué hacemos con él? —inquirió Larry.

—Esperad a que oscurezca un poco. Luego, caváis una fosa en la arena como si estuvierais jugando y lo sepultáis bien hondo. Cavad hasta que el agua del océano aparezca en la fosa, así se destruirá antes. Ah, y no le dejéis nada identificativo.

—¿No sería más práctico echarlo al océano para que los tiburones hagan el trabajo más rápidamente? —preguntó Morris desde su litera.

—No. Los tiburones no están cuando más se les necesita, sino cuando menos se les desea. Podrían hallar su cadáver y no interesa. Sepultadlo en la arena y nadie lo encontrará.

Sandra Rose puso el seguro en la pistola, que no era la primera vez que utilizaba en su vida y la guardó de nuevo en su bolso.

—Tengo que marcharme —dijo—. Espero que nadie más cometerá una torpeza.

Su fría sonrisa resultó harto significativa.

Sandra Rose anduvo hasta la carretera. Allí, tomó un autobús que la condujo hasta una gran explanada que se utilizaba como aparcamiento público.

Descendió del vehículo y se dirigió resuelta hacia un «Porsche»

color verde. Abrió la portezuela con sus llaves, se puso al volante y salió del recinto pagando el tiempo de estacionamiento.

Con el «Porsche» verde, que no parecía desear que vieran los miembros de la comuna hippy, se internó en la ciudad. Tuvo la precaución de colocarse una peluca rubia, escondiendo su cabello negro. Su rostro se transfiguró, no parecía el mismo.

La noche había llegado, pero Sandra Rose se detuvo frente al Banco californiano.

Descendió del coche y utilizó el autoservicio bancario. Rellenó una ficha depositando los billetes, talones y cheques de viaje, y lo introdujo todo en el buzón.

Al día siguiente, los empleados del Banco ya se encargarían de ingresarlo en la cuenta que ella había precisado en sus anotaciones.

Dejando atrás el Banco, se dirigió al Papagayo Night Club.

Dejó el veloz «Porsche» en el aparcamiento del local y penetró en el mismo.

Sandra Rose. conocía bien el club y escogió una de las mesas más discretas donde la luz no llegaba con suficiente intensidad como para distinguir rostros a cierta distancia.

Pidió un whisky y aguardó contemplando. el show que actuaba, en aquellos momentos en la pequeña pista, un espectáculo de chicas con poca ropa y menos calidad.

—¿Qué sucede, Sandra, a qué viene tanta prisa?

Sandra Rose, que en aquellos instantes fumaba un cigarrillo, observó al hombre que acababa de sentarse junto a ella a través del humo blanquecino del tabaco,

—Necesitaba hablar contigo, Vasky.

—Tú sabes que siempre puedes hablar conmigo y, si quisieras, tú y yo...

—Desciende en tus vuelos. Ya sabes cómo pienso respecto al amor.

—Ofreces el paraíso a demasiados jovenzuelos que no saben apreciarte. Yo soy distinto. Conmigo...

—Ya, me ofrecerías tu tétrico caserón. Hablemos claro, Vasky. Tienes que deshacerte de él —puntualizó en tono de sentencia.

—¿Te refieres a...?

—Sabes perfectamente a quién me refiero. Estamos en dificultades. La policía anda husmeando, no deja el campamento tranquilo. Al teniente Taker le bastaría con hallar unos gramos de droga para encerrarnos a todos y de este modo despacharse a gusto con los interrogatorios acerca de la muerte de Doris Langly. Si esa chica no hubiera aparecido muerta, ahora no tendríamos

dificultades.

—Sí, fue una mala suerte. Creí que los tiburones harían desaparecer su cadáver.

—Por lo visto, los tiburones no tuvieron sangre para olfatear. La única solución que nos queda es permanecer tranquilos durante un tiempo mientras tú te encargas de hacerlo desaparecer. Quien tú sabes, es peligroso, muy peligroso.

—La muerte de Doris Langly sólo fue un descuido por mi parte.

—Un descuido que puede costarnos caro. Has debido vigilarla mejor, se te ha escapado de las manos. La policía y un investigador privado que trata de aclarar éste asunto, ignora por cuenta de quién, ya han olfateado tu caserón.

—¿Te refieres a J. P.?

—Sí. Es un hombre muy astuto, ha estado en el campamento.

—Y también en mi caserón. Quiso hacerme creer que había perdido una boya marina, pero logré sacármelo de encima. No debes de temer nada, mi casa sabe guardar bien sus secretos, por eso la organización aceptó que trabajara para ellos utilizando mi caserón. Es un lugar magnífico.

—Sí, está muy bien situado y la organización lo considera estimable lo mismo que tu trabajo y, por supuesto, el mío en la comuna hippy. Es como tener una manada de borregos y yo los voy esquilando cada vez que nos hace falta lana. Esos jóvenes hijos de millonarios son una buena fuente de ingresos y resulta fácil complacerlos en sus vicios, pero tu caserón resulta peligroso y deberé comunicarlo a los jefes de la organización.

—Sandra, tú no harás semejante bobada, ¿verdad?

—Si no te deshaces de él, tendré que informarles. Te repito que es peligroso, no es el primer crimen que comete y no será el último. El no tiene una razón para matar como nosotros, lo suyo es distinto y tú lo sabes Vasky.

—Lo mantendré encerrado.

—No me convences y tampoco creo que puedas convencer a los jefes pese a los buenos servicios que has llevado adelante hasta hoy. Tenemos a la policía muy cerca. Ya se han dado cuenta de que no se trata de un crimen vulgar, es algo más especial, y si no han dado lá noticia a la Prensa es para no provocar el pánico entre los ciudadanos de San Francisco. Sabes que si se descubre todo, si se pierde este negocio que tanto ha costado de montar para estrujar a esos hijos de millonario, nuestras cabezas rodarán y yo soy todavía demasiado joven para morir.

CAPITULO X

—No creo en vampiros ni voy a permitir que me tomes el pelo —advirtió tajante la sargento Abigail Bryan, en pie y un tanto nerviosa dentro del apartamento de J. P.

El investigador privado, desde el cuarto de aseo donde estaba lavándose la cara, respondió:

—Yo tampoco soy supersticioso, pero aquí hay que averiguar algo que sí tiene que ver con los vampiros.

—Será mejor que me marche. El teniente Taker te ha sobreestimado, J. P., sólo estoy perdiendo el tiempo.

Con el torso desnudo y secándose el rostro con una toalla, el hombre apareció en el living-room.

—¿No será que tienes miedo de estar a solas conmigo en este apartamento?

—Eres muy irónico. En la academia de policía enseñan a los agentes femeninos á no temer a los hombres; sabemos defendernos.

—Espero que sea así, de lo contrario el cuerpo de policía aumentaría excesivamente de miembros y quizá la nómina no llegue para tanto.

—¿Con todas eres igual de gracioso? —preguntó sarcástica.

—Si eres tan amable, prepárame un whisky. Encontrarás de todo en la barra del bar, esta noche tendremos mucho trabajo.

—Yo no hago el turno de noche. Es un error eso de que los agentes de policía trabajamos las veinticuatro horas del día.

—Es posible, pero yo trabajo las horas que me convienen y pienso investigar esta misma noche. Creo que al teniente Taker no le gustará que me hayas perdido de vista.

De improviso, el timbre del teléfono sonó estridente, cortando el diálogo.

J. P. se acercó al aparato, desahorquillando el auricular.

—J. P. al habla.

—¿Ha encontrado ya al vampiro? —preguntó la voz impersonal y por cuyo tono era muy difícil determinar el sexo.

—No, no he encontrado al vampiro, pero me gustaría encontrarle a usted. Hablaríamos un buen rato sobre este asunto. A mí me gusta charlar con mis clientes, y más si son espléndidos.

—Sólo le pago para que halle al vampiro que asesinó a Doris Langly.

J. P. accionó un pequeño mando adosado al teléfono y la voz del otro lado de la línea pudo escucharse con el volumen suficiente para que Abigail Bryan la oyera también.

—¿Y al asesino de Sharon no hay que buscarlo?

—De él se encargará la policía. Usted busque sólo al vampiro y destrúyalo. La humanidad se lo agradecerá.

—Creo que me ha confundido con un sicario. Sólo soy un investigador privado —replicó.

—Yo sé dónde podrá encontrar al vampiro que debe exterminar.

—¿Ah, sí, dónde se esconde?

—En el caserón de Vasky, pero no es fácil encontrarlo, ni un batallón de policías lo lograría. No es la fuerza quien podrá exterminar al vampiro, sino la astucia .que usted posee, J. P.

—A usted tampoco le falta, quienquiera que sea. Por cierto, ¿debo de llevar estaca de madera, balas de plata y una tira de ajos atada alrededor del cuello?

—No sea mordaz, puede arrepentirse de haberse burlado de lo que no conoce en su verdadera magnitud. Extermine al peligroso vampiro, para eso le pago.

J. P. no tuvo opción a la réplica: al otro lado del hilo telefónico colgaron.

—Como verás, Abigail, el caso del vampiro no es una broma pesada por mi parte.

—Esa persona, no he podido distinguir si era hombre o mujer...

—Yo tampoco.

—Para mí es un psicópata,

—Podría ser, pero ni los locos regalan cinco mil dólares. Además, tenemos a dos chicas asesinadas.

—El asesino o asesina podría ser la misma persona que acaba de hablar por teléfono.

—Es una posibilidad que ya he tenido en cuenta. He oído de algún caso en que el asesino, después de cometido su crimen, pide una investigación a fondo para comprobar si ha dejado algún cabo suelto en su delito, claro que siempre utiliza a un investigador privado para tener tiempo de solventar su error.

—¿Y asesina después al detective?

—Es posible.

—¿No tienes miedo?

—Sólo tiemblo cuando sufro pulmonía y la única que tuve fue cuando era un preescolar, de entonces acá, ha llovido mucho. Ahora, si preparas un whisky como te he pedido antes, podremos salir a investigar. Hace una espléndida noche de luna llena, y un magnífico plenilunio no hay vampiro que se lo pierda.

Media hora más tarde, el «Ford» Granada abandonaba el aparcamiento del Yellow Building en el que vivía J. P.

Bajo las luces del San Francisco nocturno rodó a fuerte velocidad por el Boulevard Park Presidio en dirección a los muelles deportivos de Half Moon.

Se hallaba en la carretera sur cuando J. P., observando al espejo retrovisor, dijo:

—Nos están siguiendo.

—¿Siguiendo? —repitió Abigail.

La joven y hermosa sargento miró hacia atrás y observó varios pares de focos tras el «Ford» Granada.

—¿Cómo lo sabes? En la carretera hay muchos coches rodando, es difícil averiguar si te siguen o simplemente llevan el mismo camino.

—Eso lo averiguaremos pronto.

—¿Cómo?

—Saliendo de esta autopista. Hay una carretera de tercer orden que conduce a los muelles deportivos y hacia allí nos dirigimos. Ponte el cinturón de seguridad, que esto ya a resultar un juego bastante peligroso.

La sargento Bryan ciñó su cuerpo con las anchas tiras de nylon.

El automóvil de J. P. se apartó de la carretera general. Un par de faros abandonaron también la carretera principal tras ellos.

—Pues parece que sí nos siguen, pero no se puede distinguir quién va al volante,

—Vamos a forzar la situación. Aquí es peligroso porque hay acantilados, veremos qué hace.

J. P. aminoró la velocidad.

Lo mismo Abigail que el propio J. P. esperaban que el otro coche redujera la marcha. Por el contrario, les rebasó limpiamente, sin vacilaciones.

J. P. y Abigail no pudieron ver al conductor, ni siquiera si había más gente dentro:

—Lleva cristales polarizados —gruñó J. P.

Le molestaba que aquel lujoso tipo de cristales le impidiera ver el interior del otro vehículo.

—¿Y ahora qué?

—Quiero saber quién es ese sujeto.

J. P. pisó el acelerador a fondo para ir tras el coche que les había rebasado, enfocándolo con sus faros. Comenzó una peligrosa carrera al borde de los acantilados.

La gran luna comenzaba a salir a su izquierda, entre las colinas. El océano que quedaba a su derecha reverberaba los rayos del astro nocturno.

De pronto, cuando la velocidad se había hecho más peligrosa y los neumáticos chirriaban a cada curva que tomaban, una válvula del coche que les precedía escupió algo denso, viscoso y negro como la misma noche, algo que, por la forma de ser expulsado, se desparramó con facilidad a derecha e izquierda.

El coche de J. P., lanzado a casi cien kilómetros hora en aquella peligrosa curva, patinó siniestramente sobre el asfalto.

—¡Maldita sea, nos ha escupido aceite!

Abigail Bryan vio el océano muy cerca de ella. Su brillo fue como un maleficio letal. Los músculos de la garganta se le tensaron y el miedo agarrotó sus cuerdas vocales.

De aquella velocidad, en curvas, con carretera estrecha y los neumáticos llenos de aceite, sólo cabía, esperar una cosa: la muerte.

El coche patinó de un lado a otro. Un automóvil que venía en dirección contraria pasó a gran velocidad tocando el claxon como si su conductor se hubiera agarrado al volante y al aro del claxon para escapar al fatídico choque que terminaría con su vida.

El «Ford» Granada pasó de un carril a otro patinando. Por un instante, la rueda delantera derecha, que correspondía al asiento de la sargento Bryan, rodó en el vacío, sobre el acantilado.

Debajo, a docenas de pies de altura, rocas y las olas batiendo.

J. P. hizo girar el volante totalmente a la izquierda, como si fuera la rueda de una ruleta.

El coche dio un brinco, entrando de nuevo en el asfalto. Saltó al otro lado del carril, semejando que iba a estrellarse contra la pared rocosa de la izquierda, una pared que había tenido que ser cortada a pico para ampliar la anchura de la cinta asfáltica.

Abigail vio cómo el coche que les precedía y que homicidamente les había escupido aceite para que saltaran al acantilado, destrozándose en el fondo del mismo, había disminuido la velocidad esperando para cerciorarse de su muerte.

El «Ford» Granada se salió de la carretera subiendo unas yardas por la montaña. Hizo saltar hacia atrás tierra y piedras, ya que sus ruedas seguían girando a gran velocidad.

Dando un brincó, cayó de nuevo al asfalto.

J. P. temió que saltaran las suspensiones, pero el coche resistió regresando a la cinta asfáltica,

Abigail agradeció el cinturón de seguridad con que se había sujetado, de lo contrario su hermosa cabeza se hubiera estrellado contra el techo del automóvil tras los saltos dados.

Al rodar por la montaña, lo que había hecho expresamente J. P. fue limpiar con tierra las ruedas del viscoso y mortal aceite.

Ya con las ruedas limpias y dejando muy atrás la mancha de aceite, pisó el acelerador a fondo iluminando con la luz intensiva al coche asesino al tiempo que tocaba el claxon para conminarle a detenerse.

El automóvil que les precedía aumentó la velocidad al comprobar que era perseguido y ver frustrado su intento de asesinato.

—Ya no le queda más aceite que soltar a ese maldito —masculló J. P.

Abigail aún no tenía fuerzas para hablar. A través del cristal parabrisas, en cuestión de segundos, había visto a la muerte danzar ante ella, transfigurada unas veces en el acantilado, otras en el océano, en la pared rocosa de la margen opuesta de la carretera o en un automóvil lanzado a toda velocidad que se les echaba encima viniendo en dirección contraria.

J. P., mejor conductor que quien le precedía, fue ganándole terreno.

Casi le tocaba ya los parachoques, buscando una posibilidad de situarse a su lado para obligarlo a frenar o salirse de la carretera.

De pronto, una curva muy cerrada se abrió ante ellos.

J. P., no pudo verla, ya qué el auto que le precedía cubrió todo su campo visual.

El coche asesino desapareció en el vacío. Iba a seguirle el «Ford» Granada cuando el investigador privado, hizo rodar de nuevo el volante con tanta velocidad hacia la izquierda que éste semejó una rueda más del vehículo.

J. P. consiguió escapar a la muerte, tomando la curva y frenando tan violentamente que dejó impresas en el asfalto las huellas de sus neumáticos.

Mientras el automóvil homicida saltaba de una roca a otra, volteando por completo en el aire hasta estrellarse, ruedas arriba, contra un gran y agudo peñasco marino que emergía no más de siete o diez pies de la superficie del agua con la marea alta.

El coche, salpicado por las olas del océano, no se incendió.

Quedó quieto, tocando su claxon de forma continuada. Los faros delanteros escupían luz hacia la pared del acantilado. La batería no debía haberse roto.

J. P. y Abigail, abandonaron el «Ford» para aproximarse al borde del acantilado y contemplar la intensa luz de los faros.

Los cristales polarizados del lujoso automóvil habían desaparecido hechos añicos, era como si jamás hubieran existido.

Una cabeza inerte asomaba por el hueco de la ventanilla. Los ojos vidriosos, carentes de vida, miraban sin ver la gran y redonda luna llena mientras unas salpicaduras de agua salada mojaban sus cabellos.

CAPITULO XI

—Le ruego que este asunto no se airee —pidió más que exigió el teniente Taker, amigablemente contra lo que era su costumbre.

La sargento Bryan miró a J. P. esperando respuesta.

—Sí, ya sé que la muerte sensacional de Andrew Langly llenaría la Prensa de toda la nación. Andrew Langly, el industrial que elabora metralla para el Vietnam y cuya única hija, horrorizada por la producción de su padre, se hizo hippy, drogadicta y al final tuvo una muerte misteriosa, una muerte que toda la Prensa mundial calificaría de ritual. Se revivirían los casos de Labianca y Sharon Tate.

—Sí, todo es muy turbio, todo excepto la muerte de Andrew Langly, muerte por accidente de carretera. Esta noticia no sorprenderá a nadie. La factoría Langly la heredará otro miembro de la familia Langly y asunto resuelto.

—Debería estar muy obsesionado Andrew Langly para querer asesinar a J. P. —observó la propia Abigail.

J. P. recordó:

—Me amenazó al decirle yo que no iba a abandonar el caso, que debíamos hallar al asesino de su hija. Por lo visto, no quería destruir su reputación. Aun después de muerto, me da lástima. Su industria de muerte, su posición social, sus amigos, sus intereses y la opinión pública le obsesionaban. En el fondo, no era más qué un desgraciado víctima de su codicia y ambición.

—Y un asesino. Estuvo a punto de matarles a ustedes y provocó el accidente de cuatro automóviles con el aceite que vertió en la carretera. Por suerte no ha habido muertos.

—Siempre había creído que un padre desearía ver arrestado al asesino de su hija —comentó Abigail—. Es difícil comprender a ese hombre. Creo que aborreció a su hija el mismo día en que se apartó de él para vivir en el lado opuesto de la sociedad, en el mundo hippy que le atacaba con sus rótulos, sus marchas, sus protestas. Para él, su hija Doris debía haberse pasado al enemigo.

—Por mí, podemos dar carpetazo al intento de homicidio de Andrew Langly. Que los teletipos de noticias transmitan su muerte como un puro y simple accidente por exceso de velocidad. Pueden añadir que se le reventó el carácter y por eso llenó la carretera de aceite. Aunque analicen el carácter del automóvil siniestrado, no creo que ningún técnico pueda probar lo contraído; estará hecho pedazos.

—Sí, será lo mejor —asintió Taker—. En cuanto al asesinato de

Doris Langly, no hemos avanzado- demasiado. No hay forma de sacar un testimonio de esos malditos hippies. Se les ha metido entre ceja y ceja que nosotros somos entes represivos. Es difícil ser policía en San Francisco. Negros, muchos mexicanos emigrados, vietnamitas, indonesios, alemanes, judíos y hasta árabes.

Sólo nos faltaban los hippies para complicar mas las cosas. Para ellos, vale eso de que no hay más sordo que el que no quiere oír. Con un nepalí o un batusi autentico me entendería antes que con ellos.

—Hay que saber acercarse a ellos, teniente Taker. Con menos radicalismos se obtienen mejores resultados. Lástima que la chica a la que conseguí convencer para que regresara al mundo que le correspondía muriera asesinada.

—Respecto al crimen de Sharon, ya tenemos más datos.

—Será interesante conocerlos —dijo J. P.

—Toda la policía del estado de California está buscando a Peter Grower, de raza negra, uno ochenta de estatura, setenta y cinco kilos de peso y veintinueve años de edad. Ex convicto y peligroso.

—¿Hay fotografías de ese Peter Grower? —preguntó J. P.

—Sí, claro que sí las hay. Ya están repartidas.

—¿Puede darme una? Quizá facilite mi investigación particular.

—Sí, cómo no. Espero que usted, privadamente, llegue a lugares más recónditos que yo, J. P.

Sacó una fotografía del cajón de su mesa escritorio y la entregó a J. P. Este la observó atentamente antes de guardársela en el bolsillo.

—¿Le conoces? —preguntó la sargento Bryan.

—No, no he tenido el desagradable placer de conocerle, o quizá sí.

—¿Podría ser uno de los que le atacaron en el aparcamiento? —preguntó Taker.

—Eso sólo, podrían decirlo sus otros tres compañeros, yo no. La careta no se le cayó en ningún momento.

—En fin, espero que consigamos capturarlo y hacerle confesar será más fácil. Creo que este caso está muy difícil y no me extrañaría que anduviera implicada la gran organización del mundo de los narcóticos.

—Le gustaría atrapar a los peces gordos del mundo de los narcóticos, ¿verdad, teniente? —preguntó irónico J. P. poniéndose ya en pie.

—No me hago tantas ilusiones. Me bastaría con segar los brotes que nacen aquí en San Francisco, cortar el suministro a la ciudad.

Los toxicómanos son problema de los hospitales, pero los traficantes son nuestro problema y para ellos construiría un penal que Alcatraz a su lado parecería un jardín infantil.

J. P. se encaró con Abigail Bryan diciendo:

—Creo que te irá bien dormir unas cuantas horas. Has llevado una noche muy agitada.

—Todavía puedo seguir a tu lado, ya que me escogiste para que la policía estuviera al corriente de todas tus investigaciones y no interfieran con la investigación oficial.

—No creo que pueda averiguar mucha cosa esta mañana. Yo también necesito descansar unas horas y preparar lo que me hace falta para actuar esta noche.

—¿Qué es lo que piensa hacer esta noche, J. P.? —preguntó el propio teniente Taker sin poder, reprimir su curiosidad.

—Lo siento. Si se lo digo, se lo explicaría al ayudante del fiscal del distrito y me haría cargos. Ya sabe que nosotros, los detectives privados, solemos cometer pequeñas trampas o trucos que nos sirvan para adelantar en nuestra investigación. Trampillas o trucos que, cuando salen bien, se perdonan, pero en caso contrario siempre nos están amenazando con quitarnos la licencia de investigador.

—De acuerdo. Tengo los ojos y los oídos cerrados, pero no se me pase de listo, J. P.

—¿Acaso no me conoce?

—Porque le conozco hago oídos sordos y cierro los ojos a sus posibles pequeños delitos. Sé que no busca publicidad fácil. Los chicos de la Prensa, ignoro por qué razón, siempre están más propicios a despellejar a la policía que a ensalzar sus virtudes. Por eso exageran el sensacionalismo cuando un investigador privado descubre un caso que la policía no ha logrado solucionar.

—Ya sabe que le tengo mucho respeto a la policía, teniente. Si no fuera porque me revienta recibir órdenes, quizá fuera policía como Usted. Buenos días.

J. P. regresó al Yellow Building.

Cuando iba a introducirse en el aparcamiento, una chica vestida a la usanza india, pero con un cabello rubio platino que hacía daño a la vista por lo llamativo, le hizo señas con la mano para que se detuviera.

Pisó a fondo el pedal del freno y las ruedas chirriaron sobre el mosaico de caucho sintético que daba acceso al subterráneo.

La chica se acercó rápidamente a la portezuela. Sin pedir permiso, la abrió, se introdujo en el automóvil y cerró tan aprisa como abriera, al tiempo que decía:

—Vamos, rápido, llévame lejos. Si me ven contigo, voy a pasarlo mal y no quiero seguir el camino de Doris y Sharon.

J. P. hizo girar su automóvil en la misma entrada del aparcamiento pese a lo reducido de la misma. Maniobró hacia atrás y regresó a la calzada de la calle.

Una vez en el carril adecuado, pisó a fondo el acelerador.

—¿Adónde vamos, Alice?

Ella se volvió sorprendida.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Doris tenía dos amigas, Sharon y Alice. Sharon ha muerto.

—Sólo quedo yo.

—La verdad, no me gustaría que te pasara nada.

—Y a mí tampoco. Tengo miedo, mucho miedo. Creo que es pánico.

De pronto, Alice se echó a llorar ruidosamente, escondiendo el rostro entre sus manos.

J. P. respetó su llanto y siguió conduciendo por las amplias calzadas del cinturón de ronda de San Francisco.

Cuando llegaron al Golden Gate Bridge, ya en el interior del puente, Alice reclinó su cabeza hacia atrás y miró el techo del vehículo sin verlo.

El hombre supuso que, la muchacha, debido a una toxicomanía incipiente, tenía los nervios un tanto alterados. Era obvio que precisaba tratamiento médico y, en especial, cuidado psiquiátrico.

—Si no me ayudas a escapar, moriré asesinada.

—¿Por el vampiro?

—¿Lo sabes?

—Sharon me contó algo de un vampiro en el caserón de Vasky.

—Es cierto, allí hay un vampiro. Nosotras lo tomábamos a broma al principio. Incluso, la propia Doris llegó a decir que el vampiro era fascinante y que lo convertiría en su chico favorito, pero la asesinó. Sharon y yo cogimos miedo, pero evidenciarlo era jugarnos la vida. Sandra Rose nos tiene a todos vigilados. La mayoría no se dan cuenta, pero es verdad. Sandra es una mujer malvada que sólo quiere dinero, mucho dinero. A mí me hizo perrerías cuando le dije que mis padres ya no me enviarían más dinero.

—¿Perrerías, a qué te refieres concretamente? —preguntó J. P. cuando terminaban de cruzar el Golden Gate por la bahía de San Francisco.

—Como broma, cuando los chicos estaban aburridos, hizo que me tiraran al agua cuando las olas estaban muy bravas. Su

intención era que me ahogara, pues conoce que yo no sé nadar.

—¿Te salvaron?

—No sé cómo lo hice, pero conseguí salir. Después, una noche, mientras dormía, me taparon con una manta y me enterraron en la arena. Logré salir a tiempo, cuando ya creía que no podía respirar más. Todos se rieron y ella dijo que sólo era un juego. Me molesté mucho y comencé a temerla, pero ya no podía volver con los míos. Sandra puntualizó que debía marcharme a otra comuna hippy o que si quería continuar en la suya debía ser complaciente con todos los muchachos. Tú ya sabes lo que eso significa. Me he sentido tan sucia como una furcia.

—Creo que eso se acabó para ti. Te presentaré a unas asistentas sociales.

—¿A la policía? —preguntó con temor.

—No, no es la policía. Ellas te ayudarán. Creo que necesitas una larga temporada de descanso.

—Quiero marcharme de San Francisco, pero na tengo, ni un centavo.

—No temas, nada te ocurrirá.

—Si no abandono San Francisco, ellos me matarán.

—¿Quiénes son ellos?

—Los matones de Sandra Rose. Ella piensa que yo no sé quiénes son sus matones, pero los conozco. La he visto algunas veces dando un rodeo para reunirse con ellos. Sandra Rose no es una hippy, es una ladrona y una traficante de drogas.

—Sí, ya sé que es muchas cosas de las que dices, pero hálame de sus matones.

—Son cuatro, es decir, eran cuatro.

—¿Cuatro?

Como un flash de su imaginación, J. P. recordó a los cuatro atacantes del aparcamiento en el Yellow Building.

—Uno ha muerto.

—¿Cuál? —preguntó el hombre, intuitivo, añadió—: ¿El negro?

—¿Lo sabías?

—No, pero parece lógico que sea él el muerto. La policía le busca porque Peter Grower asesinó a Sharon en la estación central.

—Durante la noche me he acercado a su roulotte.

—¿Es una roulotte enganchada a un «Mercedes-Benz» y que está algo alejada del campamento, pero que puede verse desde el mismo?

—Sí, Sandra Rose sólo se reúne con ellos de noche. Reptando por la arena me he acercado y he visto que, junto al remolque, en la

arena, cavaban un gran agujero. He permanecido quieta, observando, y he visto como metían en la fosa el cuerpo de ese negro. Después han comenzado a cubrirlo. Me ha cogido miedo y he escapado antes de que me descubrieran y me asesinaran.

—No temas, nadie va a matarte. En cuanto a lo que has descubierto, es muy interesante.

—¿Los arrestarán?

—Naturalmente, que sí, pero déjalo de mi cuenta. Ahora, te llevaré a un lugar donde puedas reponerte y no te aceche ningún peligro. Esta vez no asesinaran, a un alma redimida.

CAPITULO XII

Hundiendo sus zapatos en la arena, J. P. se internó en la comuna hippy.

El día era espléndido. Lucía un sol fuerte y algunos hippies se bañaban en la playa.

Sus pasos le condujeren directamente a la roulotte de Sandra Rose, a la que halló vestida con un bikini negro, aunque la parte superior del mismo apenas era una cinta.

La mujer tenía su piel tostada por el sol y su color era muy agradable. Mas J. P. no veía en ella a la belleza femenina, sino a un ser peligroso y execrable al que debía combatir.

—Buenos días, Sandra.

Ella se apartó los protectores de tela negra que cubrían sus ojos para que no resultaran dañados por el sol y descubrió al investigador privado.

—¿Qué sucede, J. P., husmeando por el campamento?

—Sí, y ya he encontrado algunos huesos sabrosos.

Sandra Rose, que se hallaba tendida sobre la arena, junto a su roulotte, se incorporó sentándose sobre la esterilla que la protegía del contacto directo con la arena, que si tocaba su cuerpo aceitado resultaba molesta.

—¿Un hueso sabroso? No me digas.

—Sí, ahora ya te conozco mejor.

—¿Yo soy el hueso que has descubierto? —preguntó burlona, sonriendo desafiante.

—Un hueso bien llenito de carne, lo admito. Eres bella pero malvada.

—Tus palabras me impresionan. Quizá a ti te gusten más las mujeres algo malvadas y misteriosas. Por lo menos no tienen la sosería de algunas niñas ricas.

—Mis disparos no van por ese camino. —Se puso un cigarrillo entre los labios y le prendió fuego antes de proseguir—: Tú te llamas Samantha Rubber. Es curioso cómo los hampones, cuando cambian de nombre, conservan las iniciales. Manteniendo las mismas siglas, evitan errores. Uno puede tener las iniciales en un pañuelo, una prenda de ropa, un bolso o una cartera.

Sandra Rose siguió sonriendo, pero con más dificultades.

—Eres muy astuto, J. P., pero ¿qué tiene de particular que use un nombre falso para estar en este campamento?

—Poca cosa, solo que los engañas a todos. Ellos te creen la reina de los hippies, una médium, una mística, la verdad personificada en

un cuerpo de mujer. Ellos aborrecen el capitalismo e ignoran que posees una cuenta corriente en un Banco de la ciudad y un «Porsche» de importación que vale mucho dinero.

—¿Has centrado tus averiguaciones sobre mi persona? —preguntó ya abiertamente retadora.

—Debía hacerlo. Dos chicas han sido asesinadas y tu cuenta corriente que me ha hecho silbar de admiración. Posees casi un millón de dólares limpios.

—¿Cómo te lo han revelado? Lo de la cuenta corriente es secreto.

—Es cierto, pero siempre hay quien se va un poco de la lengua. Además, no debes estirarte de los cabellos.

El fiscal del distrito pronto averiguará esos detalles con una orden del juez por delante. Estás en aprietos, Samantha Rubber.

—No me digas... Nadie puede acusarme por tener una cuenta corriente.

—Una cuenta corriente conseguida a base de los cheques de muchos millonarios. Has estado sangrando a estos jóvenes incautos que te rodean, pero a mí no me engañas. Me he pasado algunas horas tratando de identificar tu rostro en los ficheros policiales y he descubierto...

—¿Que estuve en un correccional y luego pasé un año en una penitenciaría de mujeres por tráfico de drogas?

—Sí, saliste pronto. Eres un miembro de la organización de tráfico de drogas y es en realidad tu puesto aquí.

Tú, además de la reina, eres la gran proveedora de drogas para estos jóvenes a los que embaucas.

—Estás hablando de más y sin pruebas, J. P. Eso puede resultarte peligroso.

—Yo no te tengo miedo, ni a ti ni a la organización del crimen. Lo siento, Samantha Rubber, no soy de los que tienen tembleques en las rodillas. Por otra parte, el fiscal del distrito le va a gustar mucho investigar sobre los cien mil dólares mensuales que sacabas de tu cuenta, seguramente para pagar a la organización los beneficios que obtienes de este negocio de embaucar hijos de millonarios con un hipismo que aquí no existe en su esencia.

—Haces demasiadas suposiciones, y si lo que estás deseando es que te las confirme, estás arreglado. No soy tan ingenua como crees.

J. P., de pie junto a la bella pero maligna mujer, expulsó el humo de sus pulmones.

Miró a los jóvenes que iban de un lado a otro de la playa, la mayoría de ellos con pereza, ojeras y grandes bolsas bajo los ojos

pese a su juventud.

Con una tranquilidad que irritaba a la reina de la comuna, prosiguió:

—A la organización le interesará saber que hace dos meses que no pagas lo acostumbrado. Supongo que les habrás dado alguna excusa momentánea sobre inexistentes problemas.

—¿Quieres infundirme temor respecto a una represalia del crimen organizado?

—¿Para qué? El temor ya lo tendrás tú misma. Supongo que estás preparando tu botín para largarte con todo, quizá al Brasil. Te llevarás tu millón de dólares y burlarás a la organización, a la policía, a los hippies que te rodean y a los tres imbéciles que te aguardan en la roulotte.

Pese al intenso sol que daba en su rostro, Samantha Rubber palideció. No pudo evitar lanzar una ojeada hacia la lejana roulotte donde se hallaban sus matones.

—Por lo visto, te había subestimado, J. P.

—Eso les ocurre a muchos —respondió el hombre con naturalidad —y el error suele pagarse caro.

—Te crees muy listo y puede costarte muy caro.

—No me amenes, es inútil. No te tengo miedo, Samantha Rubber.

—Está bien, admitamos que no me tienes miedo. ¿Cuánto quieres?

—¿Soborno? —preguntó irónico.

—¿Por qué no? Todo el mundo tiene un precio. ¿Acaso diez mil dólares?

—No, gracias.

—¿Cien mil?

—Subes muy aprisa.

—Quizá es que me interesa comprar.

—No sigas, ya tengo los cinco mil dólares que tú me has pagado para que investigue.

—¿Yo? —inquirió fingiendo sorpresa.

—Sí. He estado investigando sobre la voz del teléfono y un técnico en sonido la ha escuchado. Se me ha olvidado decirte que tuve la precaución de conectar un magnetófono al teléfono de mi apartamento y he grabado todas las conversaciones que hemos mantenido. He visitado a un ingeniero electrónico amigo mío que trabaja en una casa discográfica y le he pedido su opinión. Me

ha respondido que era un asunto fácil, que sólo se trataba de hablar a través del micro de un buen magnetófono. Mediante unas

manipulaciones en la selección de tonos, se consigue hacer más grave o más aguda la voz, a voluntad. Me ha purificado la voz grabada directamente del teléfono hasta que he conseguido identificarla con la tuya. Un truco ingenioso ese de hablar a través

de un magnetófono cuyo altavoz iba a parar al micro del teléfono, sin siquiera pasar la voz por la cinta, ya que las respuestas eran instantáneas. Cuando se da una cinta grabada, modificar la voz resulta más fácil pero también se puede adulterar con un buen micrófono y las debidas manipulaciones en el selector de tonos como te he explicado.

—De acuerdo, de acuerdo, no he podido engañarte, pero eso te rebelaré que yo no soy el asesino que buscas. Si te he pagado para que lo descubras, es que soy inocente.

—Una deducción que podría ser buena si no fuera más complicada.

—No entiendo.

—Pues yo sí.

—¿Me lo puedes explicar? —preguntó sarcástica.

—Imagino que has tenido problemas con la muerte de Doris Langly, de cuyo asesinato no creo que tengas la culpa.

—Por lo menos me exonerarás de algo, eso ya es importante —aplaudí con cinismo.

—Supongo que Vasky tiene que ver en la muerte de Doris Langly y tú, para que la policía no husmeara por el campamento excesivamente, decidiste contratarme. Pensabas que yo me metería en el caserón de Vasky, descubriría a su vampiro o lo que sea, lo entregaría a la policía y asunto resuelto. Tú tendrías la coartada para no haberle pegado a la organización y, libre ya de sospechas de la policía, tomarías tu dinero del Banco y te largarías dejándolos a todos con un palmo de narices. Hubiera sido una buena jugada de no estropearla con el asesinato de Sharon.

—¿Sharon?

—Sí. A Sharon la mató Peter Grower, un negro que trabajaba directamente para ti, de lo que es fácil deducir que obedeció tus órdenes.

—¿Me estás acusando de asesinato?

—¿Tú qué crees que pensará el fiscal del distrito cuando te arresten?

—No pueden arrestarme, no hay pruebas.

—Sí, ya sé que tú no fuiste la mano ejecutora, también lo sabe, toda la policía.

—¿Acaso pretendes decirme que ese negro hipotético del que

hablas va a acusarme?

—El no, porque está enterrado bajo la arena cerca de aquella roulotte, pero sus compinches es posible que sí.

La sangre afluyó con rapidez a las mejillas de Samantha Rubber. Después, palideció intensamente.

—¿Cómo lo has averiguado? .

—Me dijiste que Doris Langly tenía dos amigas. Pensaste que Sharon había hablado en exceso y que tratar de escapar significaba un arrepentimiento por su parte. Tú creías que esas chicas seguirían la misma ley del silencio que los restantes miembros del campamento, pero te equivocaste. Las dos tenían miedo y tú liquidaste a Sharon.

—¿Ha sido Alice?

—Sí. Ella os vio sepultar al negro asesinado. Ah, se me olvidaba advertirte que es inútil que trates de escapar en tu coche. He pasado por el parking, no niego que me ha costado localizarlo, y le he quitado unas piezas esenciales al motor. No ibas a conseguir ponerlo en marcha. Lo que no entiendo es por qué enviaste a tus secuaces a propinarme una paliza al parking de mi apartamento con las malditas caretas puestas para que no descubriera sus rostros.

—No los mandé para que te dieran una gran paliza, sino para espolearte... Si te arañaban un poco tendrías más deseos de investigar rápidamente.

—Pues ya ves que me los quité de encima y ahora volveré a hacer lo mismo.

—¿Medio millón?

—¿Qué?

—Te doy la mitad de mi dinero, medio millón y nos largamos ahora mismo los dos.

—Lo siento, Samantha Rubber. Cuando saqué el cadáver del negro Peter Grower de la arena, tú ya no podrás embarcar en ningún avión ni en ningún barco. No conseguirás cruzar ninguna frontera porque la policía te buscará. En cuanto al Banco, no intentes sacar tu dinero; será inútil. Primero te harán esperar un poco con buenas palabras y luego se presentarán dos agentes para arrestarte, en principio para que expliques la procedencia del dinero.

—¡No podrán probar nada!

—Sí, demostrarán que el dinero procede del tráfico y venta ilegal de drogas. Por lo tanto, tu capital quedará confiscado. No tocarás un solo dólar. Estás atrapada, como ves. Al contratarme para que te sacara de apuros y facilitara la investigación de la

policía para que se cerrara pronto el caso del asesinato de Doris Langly, te equivocaste. El miedo a ser descubiertos os hace cometer errores fundamentales a muchos hampones. Ahora, Samantha Rubber, suerte. Te quedan pocas horas para disfrutar de este sol californiano en bikini. Espero que el traje de reclusa te favorezca, porque vas a tener que llevarlo durante muchos años. Cuando abandones el penal, si es que sales alguna vez, ya serás demasiado vieja para que te reste algún vestigio de belleza, belleza que debiste perder antes por lo podrida que tienes la conciencia.

J. P. arrojó el cigarrillo que había consumido en aquel desafiante diálogo.

Dio la espalda a la reina de la comuna hippy y encaminó sus pasos hacia la roulotte donde se hallaban los secuaces de Samantha Rubber.

Debían estar vigilándote, porque uno de ellos salió del remolque, tratando de huir.

J. P. sacó una pistola de su bolsillo, ya que en aquella ocasión había previsto el tiroteo, y gritó:

—¡Quieto o disparo!

El que huía se detuvo vacilante cuando del interior de la roulotte brotó un disparo que pasó silbando junto a la cabeza de J.P.

El investigador privado, sabiéndose en peligro, disparó cuatro balazos contra la roulotte.

Morris, que era quien había tratado de escapar, alzó sus manos al comprobar que sus compañeros habían enmudecido dentro del remolque.

—¡Vamos, acércate! —le ordenó J. P.,

Ya junto a la puerta de la roulotte, J. P. pudo comprobar que los dos compinches de Morris estaban heridos pero no muertos. La plancha de fino aluminio de la roulotte no había sido suficiente para detener los proyectiles. En aquello había confiado J. P. al disparar.

En aquellos momentos pudieron escucharse las ululantes sirenas policiales. Sin dejar de encañonar a Morris, el investigador privado observó:

—Esperemos a que llegue la ley.

Cuatro coches patrulla arribaron al lugar. De ellos saltaron numerosos agentes uniformados y bien pertrechados de armas.

También saltaron el teniente Taker y la sargento Bryan que corrieron hacia donde estaba J. P. con Morris.

—Buenos días a todos. Abigail, después de dormir unas horas

todavía estás más guapa.

—Déjese de tonterías ahora, J. P., y explique qué significa su aviso urgente. ¿Quién es este sujeto? —apremió Taker.

—Dentro hay dos más. Que avisen a una ambulancia, están heridos.

—¿Quién los ha herido?

—Lo siento por los gruñidos que va a lanzar el fiscal del distrito, pero los he herido yo a balazos. Ellos me han disparado primero.

—¿Son los que te atacaron en el parking? —preguntó Abigail.

—Sí, pero falta el cuarto, el asesino, de Sharon,

—¿Y dónde está?

—Aquí, sepultado bajo la arena. Lo han asesinado ellos mismos para que al ser descubierto no les perjudicara.

Morris, nervioso y asustado, puntualizó:

—A Peter lo mató Sandra Rose. Ella es la jefe.

Los policías observaron interrogantes a J. P. Este explicó:

—Acabo de hablar con Sandra Rose. Debe estar en aquella roulotte amarilla que ven allí con flores pintadas.

—¡Vamos, cuatro hombres a arrestar a Samantha Rubber! —ordenó el teniente Taker.

—Veo que ya la tenía identificada, teniente.

—La policía tampoco se duerme, J. P. Sabíamos lo que había sido, sus antecedentes, pero no tenía pruebas para arrestarla en esta ocasión.

—Ahora ya las tiene. Cargo de homicidio en la persona de Peter Grower y cómplice en el asesinato de Sharon. Supongo que luego le caerán también los cargos de tráfico de drogas y algunas cosillas más.

—Entonces, ¿el caso está solucionado, Samantha Rubber, alias Sandra Rose, es la asesina? —interrogó la sargento Bryan.

—Del negro, como he dicho y de Sharon, sí, pero no de Doris Langly. El caso no está resuelto todavía. Primero hay que capturar al vampiro que asesinó a Doris Langly.

El teniente Taker y la bella sargento Bryan quedaron perplejos cuando dos agentes regresaban del campamento hippy comunicando:

—Esa mujer no está. Ha escapado.

CAPITULO XIII

El sol comenzaba a ocultarse tras las aguas azul verdosas del océano para dejar paso a la noche cuando J. P., arriesgadamente, se internó en alta mar con la pequeña lancha con motor fuera borda.

Junto a él se hallaba sentada Abigail, la hermosa sargento policía, quien objetó:

—Mis compañeros no han encontrado nada en la casa, a excepción de Vasky y su vigilante.

—De momento, podrán acusar a ese sujeto de celebrar en su mansión orgías con estupefacientes. Alice y otros le denunciarán. Opino que la solución la hallaremos por el mar, aunque ya te he advertido que será peligroso.

—Descuida, se nadar.

—Si ese momento llega, será un placer comprobarlo.

Abigail le lanzó una mirada de reojo, pero no pudo evitar que a sus labios aflorara una sonrisa de satisfacción.

Le agradaba que el hombre supiera valorar su belleza. Por su parte, la joven, ante la evidente inteligencia, astucia y seguridad en sí mismo de J. P., había comenzado a ceder en su animosidad contra él.

La lancha motora de quilla plana, sin lastre, navegó junto a los acantilados. Las olas del océano se encrespaban y la pequeña embarcación semejava de papel, aunque poseía una gran flotabilidad.

Al fin, llegaron a la caleta entre los dos escarpados y abruptos acantilados. La entrada resultaba angosta. La marea había comenzado a subir, pero no lo suficiente como para no divisar la viga de acero que cruzaba la entrada durante el día, cuando la marea estaba baja.

—Hay un letrero que advierte: «Peligro».

—Sí, ya me lo dijo Vasky.

Gracias al pequeño calado de la embarcación de motor, rebasaron la entrada introduciéndose en la caleta que se ensanchaba.

Desde lo alto de la terraza del caserón, el teniente Taker les identificó y se comunicó con ellos mediante un megáfono.

—¿Qué piensan encontrar ahí abajo?

—¡Caza! —replicó J. P. a pleno pulmón.

Al fin, la lancha arribó a la arena; la marea no había subido lo suficiente.

—¿Y ahora qué? Toda esta pared es inaccesible y no se ve

ninguna entrada —dijo Abigail.

—Tengo un presentimiento —respondió el hombre ya con los pies sobre la arena, al tiempo que arrastraba la barca para ponerla en lugar seguro—, Creo que la forma de hacer llegar los narcóticos a esta zona de San Francisco es a través de la mansión de Vasky y por el mar, y el medio de arribar desde el mar al caserón es esta caleta. Por lo tanto, mis deducciones me llevan a la conclusión de que existe una entrada secreta. Esa es la razón por la que Vasky hizo colocar una traviesa de acero cerrando la entrada durante el día para que no molestaran posibles intrusos deportistas. En cambio, por la noche, entraban las embarcaciones clandestinas de tráfico de drogas.

—¿Crees que encontraremos una entrada?

—Es lo que vamos a buscar. Aquí, entre las rocas, parece haber un pequeño camino natural,

J. P. soltó la barca y avanzó por lo que, a él, y no a Abigail Bryan, se le antojaba un sendero natural.

Comenzó a tantear el muro rocoso, cuya base, con la marea alta, debería hallarse uno a dos pies cubierta por el agua.

—Aquí se notan unos resquicios. No se han tomado la molestia de hacer una puerta perfecta, ya que, a distancia, un resquicio de décimas de pulgada no es observable.

Abigail se le acercó.

—¿Y se puede abrir?

—Lo intentaremos.

J. P. buscó inútilmente un resorte que le permitiera franquear la puerta de roca, mas no la halló. Hizo presión en distintos puntos de la pared y al fin, no sin gran esfuerzo, consiguió moverla.

La puerta se abrió girando sobre un eje que no estaba a un lado sino en el centro, como si de una puerta giratoria se tratara.

—Ya está.

—Hay que tener cuidado, J. P. Dentro puede haber algo peligroso.

—Sí, pero debo entrar. Es preferible que tú te quedes afuera.

—No, la policía no se queda afuera mientras un detective privado mete las narices en un caso.

J.P. se internó en la abertura de la cueva y avanzó a tientas, ya que se hallaba en la más absoluta oscuridad.

Encontraron una escalera estrecha y ascendente, y utilizando el fuego del mechero, comenzaron a subir por ella.

Ascendieron unos treinta o cuarenta pies cuando la llama del encendedor se hizo innecesaria, ya que entraba luz por unos

agujeros que se abrían en la pared del acantilado. Desde el exterior no deberían verse, o parecerían nidos de aves marinas.

La sala era grande. En ella había una mesa, cinco sillas, unas botellas con velas ahora apagadas y algunas cajas vacías.

Aqué! era, sin lugar a dudas, el lugar óptimo para recibir, en el máximo secreto, a los traficantes de drogas que hacían llegar los narcóticos a California.

—¡J. P.! —gritó Abigail horrorizada, señalando a un rincón.

—Es Sandra Rose, es decir, Samantha Rubber.

Samantha Rubber colgaba cabeza abajo, suspendida por los pies sujetos por tiras de ropa que no habían de dejarle señales.

También sus manos, atadas a la espalda, estaban sujetas con bandas de tela.

Su cabeza se hallaba a tres pies del suelo y bajo ella había una gran botella de dos galones, una botella de cristal que ya contenía algo más de una pulgada de sangre.

Una aguja hipodérmica de caño grueso aparecía clavada en su yugular. De la aguja partía un delgado tubo de goma como los utilizados para transfusiones y que iba a parar dentro de la botella.

Por la simple presión de la sangre dentro de las venas, unida a la fuerza de gravedad, ya que Samantha Rubber estaba suspendida cabeza abajo y por encima de la botella, la sangre se deslizaba lentamente pero de forma continuada hacia el interior del recipiente.

—¡Qué horror!

—Todavía vive.

J.P. le arrancó la aguja asesina y apenas salió una gruesa gota de sangre. La hemorragia provocada cesó, pero Samantha Rubber hacía rato que había perdido el conocimiento.

—¡J. P., ahí, ahí está!

Por otra escalera que seguía ascendiendo, apareció el ser temido.

Era un hombre delgado, de cara muy pálida. Tenía grandes ojos y una mirada extraña, homicida. Su boca entreabierta inspiró terror a Abigail.

Sus dientes eran rojizos salvo dos grandes colmillos blancos que asomaban por encima del labio inferior.

Aquel sujeto portaba una capa amplia y negra, con cuello alto. Todo él parecía arrancado del más negro y espeluznante relato serbio.

—¿No decías que no creías en los vampiros, Abigail? Ahí tienes al que buscamos.

Abigail retrocedió aterrada ante la presencia de aquel ser que,

abriendo los brazos, alzó su capa como si se tratara de dos grandes alas fantasmagóricas mientras lanzaba un prolongado e infrahumano alarido.

J. P. avanzó hacia él con naturalidad, sin precaución.

El vampiro se abalanzó contra el investigador para atacarle, pero se llevó la sorpresa de dos crochets de derecha al rostro y uno zurdo al estómago que lo proyectaron hacia atrás.

Desgraciadamente para el vampiro, éste no había practicado el boxeo como J. P., quien le propinó una serie de puñetazos que dieron con él en el suelo cuan largo era y respirando profundamente.

Allí no había árbitro para contarle los ocho segundos de rigor, aunque de todos modos el vampiro hubiera seguido durmiendo.

—Vamos, Abigail, ¿no decías que no temías a los vampiros? —se rió el hombre.

—Es que...

—Es que no habías visto ninguno antes, eso es todo. Los vampiros no existen, encanto. Este es como los que salen en las películas, de pega. Mira sus colmillos en el suelo, son postizos. Ahora, ayúdame a sacar a Samantha Rubber sus ataduras. Hay que subirla arriba cuanta antes y es preciso que se le haga una transfusión. La sangre que ha perdido puede estar infectada, ya que el recipiente no se ve muy limpio.

Una vez libre de sus ligaduras, J. P. tomó a Samantha en brazos y subió con ella por las escaleras hasta que al final hallaron la entrada secreta que comunicaba con el caserón propiamente dicho.

Aparecieron por el interior de la chimenea-hogar ante la sorpresa de los agentes uniformados que revisaban la casa buscando una puerta oculta.

—Vamos, muchachos, corran. Abajo está el vampiro al que deben de sujetar.

EPILOGO

—Su ayuda ha sido decisiva y fundamental en este caso; J. P. —reconoció el teniente Taker en la misma entrada de la estación de policía.

—Sólo he cumplido con mi cliente, lástima que haya tenido que quedar entre rejas una vez recuperada, su salud gracias a la transfusión de sangre.

—Sí, después de todo, ha colaborado y el fiscal verá esta circunstancia como atenuante cuando se le celebre juicio. Gracias a los nombres que Samantha Rubber ha facilitado, hemos logrado cazar a los restantes miembros de la organización del tráfico ilegal de drogas que opera en California.

—Si no se ha extirpado totalmente este cáncer, por lo menos sí parte del mismo —aceptó Abigail.

—Algunos de esos muchachos hippies, al enterarse de lo sucedido, van a regresar a las universidades. Lástima que todos no sigan su ejemplo —dijo J. P.

—Por lo menos, todos pasarán por un período de desintoxicación, ya que tras los análisis a que han sido sometidos, han dado positivo como toxicómanos. Creo que los asistentes sociales terminarán la tarea de hacerles recapacitar y devolverles a una vida sana. La qué creo que ha aceptado muy bien el principio del tratamiento ha sido Alice —indicó el teniente Taker.

—¿Y el hijo de Vasky? —preguntó Abigail.

El teniente explicó lo que sabía acerca del dictamen psiquiátrico.

—Creo que es un psicótico sin remedio. Su historia es lamentable. Lo mismo que su padre, padecía una enfermedad hereditaria llamada porfiria congénita. Hace que los dientes aparezcan rojizos y sus pupilas sean muy sensibles a la luz. El padre lo disimulaba aplicando a sus dientes un cosmético blanco similar al que utilizan las estrellas hollywoodenses para dar mayor esplendor a su sonrisa. Por lo visto, en Serbia, hace de esto muchos años, a la familia Vasky se les acusó de vampiros, cuando lo que sucedía es que eran víctimas de la enfermedad porfírica. Por ello, emigraron a Estados Unidos según ha explicado el propio Vasky. Mas, su hijo nació psicopático y debido a esta herencia y al estigma familiar, llegó a creer que era un vampiro real. —Mientras su padre optaba por pasarse al mundo del tráfico de drogas para mantenerse, su hijo permanecía encerrado en los sótanos del caserón. Allí, su mente todavía se desequilibró más. Por ello, atacó a Doris Langly, aunque se tiene la sospecha de que desangró a más chicas, pues se han

encontrado varias botellas conteniendo sangre humana. Es un demente y a la infeliz Samantha Rubber, al pretender escapar, no se le ocurrió otra cosa mejor, que ocultarse en el sótano del caserón de Vasky. El demente la tomó por otra víctima y estuvo a punto de desangrarla como a Doris Langly. Menos mal que este caso del vampiro y los hippies se ha resuelto satisfactoriamente y con la gran labor de barrer al mismo tiempo a toda una organización de traficantes de drogas.

—Recuerdo las flores del entierro de Doris Langly, una flor para cada hippy. Ahora, la flor es para el vampiro. Si su padre lo hubiera puesto en manos competentes en vez de encerrarlo, quizá ahora tendría remedio y no se habría convertido en un loco homicida sumamente peligroso.

Abigail suspiró largamente, reconociendo:

—Confieso que pasé mi miedo cuando le vi. Todo acabó, gracias a Dios y a J.P. Es verdad lo que dijo, teniente Taker, acerca de que aprendería mucho de él.

—Y todavía puedes aprender mucho más si te pasas las noches a mi lado.

—¿Qué...?

—Primero, te sacaré unos centímetros de sangre.

—¿Para qué va a sacarle sangre a la sargento Bryan? —preguntó el teniente frunciendo el ceño—. ¿Es que se ha contagiado de la hematofagía?

—No, teniente, sólo quiero su sangre para que le hagan el análisis de rigor para poder sacar nuestra licencia matrimonial.

Las mejillas de Abigail se sonrojaron y J. P. la besó en los labios antes de que pudiera objetar nada.

El teniente Taker dio media vuelta gruñendo:

—Ya me quedo con una sargento menos, porque no creo que un investigador privado se case nunca con la policía.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España